



GAUDET *et* EXSULTATE

Sobre la **LLAMADA a la SANTIDAD** en el mundo actual



LLAMADOS A LA SANTIDAD EN EL MUNDO ACTUAL



BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Carlos MARTÍNEZ OLIVERAS, CMF, *Diez cosas que el papa Francisco quiere que sepas sobre la santidad*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2019.

Gabino URÍBARRI, SJ, *Santidad misionera. Fuentes, marco y contenido de Gaudete et exsultate*, Sal Terrae, Santander 2019.

Víctor Manuel FERNÁNDEZ, *El programa del papa Francisco. ¿Adónde nos quiere llevar? Una conversación con Paolo Rodari*, San Pablo, Buenos Aires 2014.

Víctor Manuel FERNÁNDEZ – Paolo RODARI, *La Iglesia del papa Francisco. Los desafíos desde Evangelii Gaudium*, San Pablo, Buenos Aires 2014.

ESQUEMA

4

A. Punto de partida e intención de la presentación

B. Presentación de *Gaudete et exsultate*

B.1. ¿POR QUÉ UNA LLAMADA A LA SANTIDAD EN ESTOS TIEMPOS? DESDE DÓNDE...

La lógica de la exhortación dentro del programa de Francisco

B.2. ¿ESTÁ AMENAZADO NUESTRO CAMINO DE SANTIDAD? CÓMO...

Los peligros que nos acechan cotidianamente (capítulo segundo)

B.3. ¿QUÉ HORIZONTE NOS INVITA A VIVIR A NOSOTROS HOY? HACIA DÓNDE...

Lo irrenunciable de la propuesta del Papa

C. Profundizando en *Gaudete et exsultate*

C.1. LA LLAMADA A LA SANTIDAD EN LA VIDA ORDINARIA (capítulo primero)

C.2. LA LÓGICA DE LAS BIENAVENTURANZAS (capítulo tercero)

C.3. LA NECESIDAD Y LA DUREZA DEL DISCERNIMIENTO (capítulo quinto)

D. Oración para crecer en santidad (capítulo cuarto)

PUNTO DE PARTIDA E INTENCIÓN DE LA PRESENTACIÓN

1. El Papa Francisco va marcando de muchos modos **el camino que el pueblo de Dios debe recorrer en estos tiempos a la luz del Espíritu**. Uno de esos modos es el de sus textos, el de su palabra. Entre los textos de Francisco, algunos presentan un calado particular y pueden tener un eco mayor entre vosotros como seglares claretianos. Hoy nos detenemos en la Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate. Sobre la llamada a la santidad en el mundo actual*, publicada el 19 de marzo de 2018, solemnidad de san José.
 2. Proponemos un acercamiento conjunto a este texto para profundizar en él y para abrir la puerta a que cada uno vivamos con gozo y seriedad lo que en él se propone. Son varios los **retos que esto nos plantea como asamblea laical creyente**:
 - La exhortación es en sí un **texto claro y contundente**, que se puede leer

sine glosa, por lo que hemos de estar atentos para no desviarnos con nuestro comentario de su mensaje central e irrenunciable.

- Esta exhortación es un texto magisterial que **apela a la experiencia personal** y dese ahí debe ser acogido y secundado. No se requieren expertos en la materia que lo traduzcan, aunque todo ayuda para reemprender el camino de la santidad.
 - Como comunidad eclesial, no recibís la exhortación en abstracto, sino desde vuestro **deseo de seguir a Jesús en la vocación laical al estilo de Claret**. Y lo hacéis con disparidad de edades, vivencias, conocimiento, circunstancias, convicciones... Pongamos todo ello en juego e iluminémonos mutuamente.
3. Presentaremos *Gaudete et exsultate* desde los **núcleos** que, al menos *a priori*, pueden enriquecer más vuestra experiencia creyente. No seguiremos, por tanto, la estructura lineal del texto ni explicaremos una por una todas sus partes. Combinaremos, además, los **momentos** de exposición por nuestra parte con pequeños tiempos para la reflexión personal, el diálogo en pequeños grupos y el compartir general en gran grupo.

PRESEN- TACIÓN DE GAUDETE ET EXSUL- TATE



B.1. ¿POR QUÉ UNA LLAMADA A LA SANTIDAD EN ESTOS TIEM- POS? *DESDE DÓNDE...*

La lógica de la exhortación dentro del programa de Francisco

4. De las **cuatro exhortaciones apostólicas** que ha escrito Francisco hasta ahora:
 - dos son el resultado de un proceso sinodal y se ocupan de un tema particular que, afectando a toda la Iglesia, remite a un grupo de personas concreto dentro de ella, a saber:
 - *Amoris Lætitia*. Sobre el amor en la familia, escrita tras el Sínodo extraordinario de los obispos sobre la familia (2015);
 - y *Christus vivit*, escrita tras el Sínodo de los obispos sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional (2018). y dos han sido concebidas *ex profeso*;
 - dos han sido pensadas y publicadas *ex profeso*, sin que medie un sínodo, por expresa voluntad de Francisco:
 - la primera de su pontificado, *Evangelii gaudium*. Sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (24 de noviembre de 2013),
 - y la última (hasta ahora), *Gaudete et exsultate*. Sobre la llamada

a la santidad en el mundo actual (19 de marzo de 2018).

5. A nuestro juicio, hay un **nexo evidente** entre estas dos últimas exhortaciones (en adelante, EG y GE) que invita a leerlas en conjunto como parte de un mismo programa o proyecto pastoral. Dicho vínculo se aprecia ya en el título de ambos documentos: en ellos se repite el término «**gaudium**» (alegría) y la apostilla final «**en el mundo actual**». Esto ya nos indica, al menos, dos intenciones claras del pontificado de Francisco:

- La **insistencia en la alegría** (en estos y otros documentos): Francisco detecta *desmotivación* (en la misión) y *tristeza* (en la espiritualidad) en el seno de la Iglesia, entre los creyentes. Y parece que el Papa acusa fuertemente esta falta de alegría, pues la señala como uno de los males más profundos y perniciosos que nos aquejan en la actualidad. Un amigo y conocedor de Francisco afirma: «El acento puesto en el gaudium, la alegría, tiene que ver con el desencanto y la melancolía del mundo actual. El Papa quiere infundir en la Iglesia un viento de alegría y entusiasmo»¹.
- La **preocupación por animar a vivir la fe en el mundo actual** y no en otro tiempo añorado o soñado, pero inexistente para nosotros. El Papa parece empeñado en que no echemos a perder el vino nuevo (la alegría de la fe) por no asumir con esperanza los odres nuevos de estos tiempos (el mundo actual). Por eso procura continuamente

despertar entre los creyentes un espíritu de conversión (redescubrir el gozo de creer a nivel personal, comunitaria, eclesial, fraterna, ecológica) y de discernimiento (recuperar la lucidez para vivir dicho gozo en las diversas circunstancias que atravesamos en el mundo hoy).

6. El nexo entre EG y GE se percibe con toda evidencia si se leen en paralelo los párrafos iniciales de sendas exhortaciones:

«La **alegría del Evangelio** llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él **son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento**. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una **nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría**, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años» [EG 1].

«**“Alegraos y regocijaos”** (Mt 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y **no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada**. En realidad, desde las primeras páginas de la Biblia está presente, de diversas maneras, el llamado a la santidad. Así se lo proponía el Señor a Abraham: “Camina en mi presencia y sé perfecto” (Gn 17,1)» [GE 1].

7. Como se observa en estos párrafos (el subrayado es nuestro) el Papa está haciendo una invitación expresa a la Iglesia a llevar a cabo una transformación (conversión):

- **del aislamiento a la evangelización**, en el primer caso (EG). Nos llama a *salir* al mundo a anunciar la Buena Nueva, nos

recuerda nuestra condición de *enviados*;

- **de la mediocridad a la felicidad**, en el segundo (GE). Nos llama a *custodiar* la vida plena que Dios nos promete, nos recuerda nuestra condición de *hijos*.

8. Estos dos procesos que el Papa invita a llevar a cabo son, en realidad, las dos caras de una misma moneda. Es cierto que el acento más fuerte descansa sobre el primer proceso. En este sentido, no es indiferente que alentar un nuevo impulso misionero fuera el objeto principal de la exhortación primera y programática de Francisco: lo más urgente para la Iglesia es iniciar «una nueva evangelizadora etapa marcada por la alegría» [EG 1]. Pero esa alegría que nos saca de una existencia aislada o mediocre y nos lanza a la misión no es una alegría cualquiera: es una alegría de naturaleza espiritual que proviene de la santidad, de «la verdadera vida, la felicidad para la que fuimos creados» [GE 1]. Por tanto, ambos procesos se requieren mutuamente: **Francisco sueña con una Iglesia (1) misionera y (2) santa**, que transparente para el mundo actual el gozo de creer.

9. Si nos fijamos despacio, estos dos procesos que Francisco llama a vivir remiten al corazón de la llamada de Jesús a sus discípulos. Según el evangelio de Marcos, la vocación del discípulo pivota no sobre uno, sino sobre dos centros que se remiten continuamente el uno al otro, como ocurre en una elipse. Dice el evangelista que Jesús «llamó a doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14). Como se ve, son dos las iniciativas de Jesús con sus amigos: ser apóstol-discípulo consiste en recibir una llamada singular que implica **(a) estar con Jesús y (b) ser enviado a predicar**.

¹ V. M. FERNÁNDEZ, *El programa del papa Francisco. ¿Adónde nos quiere llevar? Una conversación con Paolo Rodari*, San Pablo, Buenos Aires 2014, 21.

Para entrar en este discipulado es imprescindible vivir ambas dimensiones, la espiritual y la misionera, no como dos mundos distintos sino como dos centros de una misma experiencia. Las dos exhortaciones apostólicas de Francisco que estamos considerando responden a sendos centros: la santidad es estar con Cristo (GE); la misión, ser enviado por él a anunciar el Evangelio (EG). Por tanto, GE es el perfecto complemento de EG, lo que asegura que nuestra evangelización no está desvirtuada o vacía de contenido: «El desafío es vivir la propia entrega [*misión*] de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo [*santidad*]» [GE 28].

- 8
10. Teniendo todo esto como trasfondo no es difícil captar desde dónde escribe Francisco y hacia dónde nos invita a caminar. GE como llamada a la santidad nos recuerda la **importancia decisiva de cuidar el propio camino espiritual, que es la condición de posibilidad de la evangelización**. Por la santidad, se *custodia* la *alegría*; por la alegría, se *sale a misionar*. En este sentido, GE propone la santidad como el proceso de transformación-conversión por el cual el pueblo de Dios abandona la *tristeza* de la *mundanidad-mediocridad* y experimenta la *alegría* de la *vida plena-felicidad*. Antes de exponer un mapa de la exhortación y de pararnos a profundizar en ella, hagamos un alto en el camino y preguntémosnos: ¿en qué consiste esa tristeza que nos embarga cuando vivimos mundana o mediocrementemente?

B.2. ¿ESTÁ AMENAZADO NUESTRO CAMINO DE SANTIDAD? CÓMO...

Los peligros que nos acechan cotidianamente (capítulo segundo)

11. Si admitimos la forma que tiene Francisco de plantear la situación actual del pueblo de Dios, habremos de convenir en que los creyentes nos hemos instalado en una cierta mediocridad o mundanidad espiritual que nos aboca a la tristeza. El Papa lo expresa de este modo:

«En este camino [de la fe], el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por **quedarse en un punto muerto**, si **se conforma con poco**, si **deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella**. Menos aún si **cae en un espíritu de derrota** (...). Quienes sienten que no cometen faltas graves contra la Ley de Dios, pueden descuidarse en una especie de **atontamiento o adormecimiento**. Como no encuentran algo grave que reprocharse, no advierten esa **tibieza** que poco a poco se va apoderando de su vida espiritual y terminan desgastándose y corrompiéndose» [GE 163-164].

12. *Quedarse en punto muerto, conformarse con poco, dejar de soñar, caer en un espíritu de derrota, atontarse, adormecerse, caer en la tibieza o en la corrupción*. De todas estas formas apela Francisco a la mediocridad-mundanidad que produce tristeza a los creyentes. De todas estas formas está amenazada la alegría de la

fe. Antes de seguir, hagámonos conscientes de los peligros cotidianos que terminan por apagar nuestro deseo de ser santos como Dios es santo.

13. **PELIGRO CERO**. Hay un primer peligro que tiene que ver no tanto con nuestra vida de fe en general cuanto con nuestra disposición para acoger este mensaje del Papa y, en general, cualquier indicación que nos viene de parte de nuestros pastores.

- Hay un modo *tangencial* de acercarse a los textos magisteriales. Entendiendo que forman parte de una Iglesia oficial que no nos incumbe directamente. **Eludiendo involucrarnos** en lo que tales mensajes nos pueden sugerir.
- Hay un modo *superficial* de acercarse a los textos magisteriales. **Quedándonos en dos o tres frases repetidas**, en los «titulares» de los textos, en lo que ya sabemos.
- Hay un modo *buenista* de acercarse a los textos magisteriales. **Creyendo que ya vivimos lo que proponen** o que no es tan importante tomarse en serio las llamadas presentes en ellos.
- Estos tres modos pueden constituir para nosotros un peligro cero a la hora de recibir GE. El propio Papa advierte en la exhortación que nuestros buenos deseos pueden acabar en una vida mediocre (a) bien porque nos dejemos llevar de un espíritu mundano, (b) bien por debilidad personal, (c) bien por sucumbir al poder del pecado. Son las tres piedras de tropiezo.

«La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y va-

lentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida. No se trata solo de un **combate contra el mundo y la mentalidad mundana**, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una **lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones** (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una **lucha constante contra el diablo**, que es el príncipe del mal» [GE 158-159].

14. Ante este peligro cero, quizá surjan entre nosotros recelos o susceptibilidades. ¿Por qué dedicar una parte de esta presentación a abordar los peligros que el Papa plantea en GE? ¿No se supone que nuestro cometido es ilusionar, despertar el interés por la santidad? ¿No es precisamente desalentador hablar tanto y tan pronto de los peligros como si ya diéramos por hecho que caemos y vamos a seguir cayendo en ellos? En realidad, **hacernos conscientes de los peligros es un gran acicate para despertarnos a vivir la santidad cristiana**: una realidad que, no pocas veces, nos resulta lejana, reservada para otros más capaces o más fuertes que nosotros.
15. La llamada a la santidad es, en realidad, una exigencia del Evangelio mismo, revitalizada en los últimos cincuenta años para el conjunto del pueblo de Dios. Desde el **concilio Vaticano II**, una idea potente planea sobre la Iglesia: devolver a todos los bautizados aquello que les perteneció desde siempre, **la llamada a la santidad**. La Constitución Dogmática *Lumen Gentium* lo advertía en su número 32:

«El pueblo elegido de Dios es uno: “Un Señor, una fe, un bautismo” (Ef 4,5); común la dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, gracia común de hijos, común vocación a la perfección, una salvación, una esperanza y una indivisa caridad... Aunque no todos en la Iglesia marchan por el mismo camino, sin embargo, todos están llamados a la santidad y han alcanzado la misma fe por la justicia de Dios (cf. 2 Pe 1,1)» [LG 32].

16. Francisco ha querido recordar y volver a contextualizar esta llamada para hoy. La Iglesia, que el Papa entiende fundamentalmente como el *pueblo santo de Dios*, aún necesita recibir este impulso conciliar y vivirlo con plena conciencia. Francisco asume el reto y, como un buen entrenador, **preparar a los corredores para este tramo de la carrera**:

- Francisco conoce a la Iglesia de estos tiempos: sabe que tiene lo necesario para completar su carrera y alcanzar la meta, que es el gozo pleno y compartido de la fe.
- Para animar a los corredores, el Papa aúna la **motivación** con los **avisos**:
 - El primer capítulo de GE es precisamente la **parte motivacional**. Nos recuerda cuál es nuestra meta (la verdadera vida) y el camino para llegar a ella (la santidad) [cf. GE 1]. Nos anima a cada uno a recordar que Dios nos llama, que la santidad es para nosotros y que pasa por desarrollar nuestra propia misión en Cristo [cf. GE 24]. Es su modo de decirnos: «estáis preparados, podéis vivirlo».
 - Sería una irresponsabilidad por

parte de Francisco dejarnos solos en el camino, y aún más irresponsable sería no advertirnos de **ciertos peligros y tentaciones que pueden cercarnos**, especialmente de aquellos que no vienen de fuera (del mundo), sino de nuestro propio corazón y de la Iglesia misma. El Papa lo hace a veces de forma muy explícita (capítulo segundo); otras, veladamente; a veces, en general; otras, con ejemplos concretos.

- Animarnos a recorrer el camino de la santidad exige, por parte del Papa, ilusionar y convencer al conjunto de la Iglesia, revelarles sus propias capacidades, estudiar el medio y el tiempo, dotarnos de herramientas para la competición y advertirnos de las posibles dificultades.

17. Quizás no encontremos mucha novedad en estos peligros, pero sí mucha claridad a la hora de identificarlos, que en ocasiones es lo que más nos falta. Con el Papa, nos instamos a **plantearnos de qué manera pueden estar dándose en nosotros**, en nuestras comunidades y en nuestro Movimiento: «Estas desviaciones se expresan de diversas formas, según el propio temperamento y las propias características. Por eso exhorto a cada uno a preguntarse y a discernir frente a Dios de qué manera pueden estar manifestándose en su vida» [GE 62].

18. **PELIGRO PRIMERO: LA MEDIOCRIDAD**. Como ya hemos dicho, se trata del peligro fundamental: de hecho, casi todo el texto apunta una y otra vez en este sentido. El gran riesgo del cristiano de hoy es la tibieza, conformarse con «ser buena gente». La santidad no es solo un camino

de bondad; o, mejor, es un camino de bondad según Cristo, en quien la bondad tiene el rostro del amor que siempre puede entregarse más y mejor.

«Todos los fieles son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre» [GE 10].

«Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio» [GE 19].

«El designio del Padre es Cristo, y nosotros en él. En último término, es Cristo amando en nosotros, porque la "santidad no es sino la caridad plenamente vivida". Por lo tanto, "la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos nuestra vida según la suya". Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y la regala a su pueblo» [GE 21].

No se trata solo, por tanto, de tratar de hacer las cosas bien, sino de configurar nuestra vida con la de Cristo. Es en este punto debemos desterrar con todas nuestras fuerzas las excusas y las mediocridades (contando con errores, debilidades y caídas, por supuesto).

«Si alguno de nosotros se plantea la pregunta: "¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?", la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas» [GE 63].

«[Las palabras de Jesús] van a contracorriente

con respecto a lo que es costumbre, a lo que se hace en la sociedad; y, si bien este mensaje de Jesús nos atrae, en realidad el mundo nos lleva hacia otro estilo de vida» [GE 65].

19. PELIGRO SEGUNDO: LA CORRUPCIÓN ESPIRITUAL.

Es la consecuencia más directa de vivir en la mediocridad: que vamos perdiendo el criterio evangélico como criterio de vida [cf. GE 164]. El camino que nos lleva a la corrupción espiritual es precisamente el olvido del camino de las bienaventuranzas o, dicho de otro modo, no tomarnos demasiado en serio esta propuesta de vida como válida y posible para nosotros. La falta de radicalidad evangélica trae consigo un proceso de instalación o ensimismamiento que se hace patente en detalles a veces muy extendidos entre los que queremos seguir a Cristo.

«Poner nuestra seguridad en algo distinto a Dios [las riquezas]» [GE 67].

«Por todos lados hay odio, constantemente clasificamos a los demás por sus ideas, por sus costumbres y hasta por su forma de hablar o de vestir. En definitiva, es el reino del orgullo y de la vanidad, donde cada uno se cree con el derecho a alzarse por encima de los otros» [GE 71].

«El mundo nos propone lo contrario: el entretenimiento, el disfrute, la distracción, la diversión, y nos dice que eso es lo que hace buena la vida. El mundano ignora, mira hacia otra parte cuando hay problemas de enfermedad o de dolor a su alrededor. El mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas, esconderlas» [GE 75].

«La realidad nos muestra qué fácil es entrar en las pandillas de la corrupción, formar parte de esa política cotidiana del "doy para que me den", donde todo es negocio» [GE 78].

«Es muy común ser agentes de enfrentamientos o al menos de malentendidos. (...) El mundo de las habladurías, hecho por gente que se dedica a criticar y a destruir, no construye la paz» [GE 87].

El Papa es muy duro en su advertencia contra este peligro:

«Si no queremos sumergirnos en una oscura mediocridad no pretendamos una vida cómoda, porque "quien quiera salvar su vida la perderá" (Mt 16,25). No se puede esperar, para vivir el Evangelio, que todo a nuestro alrededor sea favorable» [GE 90-91].

«La corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo acaba pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad» [GE 165].

20. PELIGRO TERCERO: DISOCIAR ORACIÓN Y MISIÓN.

Desde el modo en que Francisco concibe el programa misionero de su pontificado, se comprende muy bien que para él sea un peligro de gran calado el disociar los dos centros de la llamada discipular a la configuración con Cristo: la predicación del Reino y el encuentro con el Padre. En varios momentos de la exhortación se nos advierte de la necesidad de ambos, oración y misión; y que, siendo diferentes, son inseparables para el creyente:

«No es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. (...) Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos con el ejercicio responsable y generoso de la propia misión» [GE 26].

«[No se deben] despreciar los momentos de quietud, soledad y silencio ante Dios. (...) Así encontramos las grandes motivaciones que nos impulsan a vivir a fondo las propias tareas» [GE 29].

«La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos» [GE 104].

«La realidad nos muestra qué fácil es entrar en las pandillas de la corrupción, formar parte de esa política cotidiana del "doy para que me den", donde todo es negocio» [GE 78].

21. PELIGRO CUARTO: DESVINCULAR SANTIDAD Y CRISTOLOGÍA. En las páginas centrales de la exhortación es donde encontramos expresado este peligro con más fuerza, aunque es una constante en el discurso del Papa. De hecho, podríamos encontrar en este punto la causa fundamental que desencadena el resto de desviaciones en el camino cristiano de santidad.

La referencia cristológica aparece en todos los capítulos del texto porque ser y predicar con Cristo y como Cristo es la vocación esencial y primera del discípulo. No en vano, el título de la exhortación son precisamente dos invitaciones puestas en boca de Cristo: *Alegraos* y *regocijaos*, palabras del mismo Jesús y motivo último de la llamada a la santidad. Es precisamente el eje cristológico el que está en el centro de la propuesta de santidad de nuestra fe.

«En el fondo la santidad es vivir en unión con él [Cristo] los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y re-

sucitar constantemente con él. Pero también puede implicar reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús» [GE 20].

«"La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya"» [GE 21, palabras de Benedicto XVI].

Y, ¿cómo ser santo? Volviendo a Jesús, que explica la santidad desde las Bienaventuranzas y el gran protocolo del capítulo 25 de Mateo. Francisco insta a «volver a las palabras de Jesús» [GE 63].

«Volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámosle que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un camino de vida real. De otro modo, la santidad será solo palabras» [GE 66].

«Ante las contundencia de estas peticiones de Jesús es mi deber rogar a los cristianos que las acepten y reciban con sincera apertura "*sine glossa*", es decir, sin comentario, sin elucubraciones y excusas que les quiten fuerza. El Señor nos dejó bien claro que la santidad no puede entenderse ni vivirse al margen de estas exigencias suyas, porque la misericordia es "el corazón palpitante del Evangelio"» [GE 97].

Rebajar estas dos propuestas evangélicas a caridad desencarnada cristológicamente nos conduce a los que formamos la Iglesia a desvirtuar peligrosamente el Evangelio en pro de ideologías de moda, populistas o interesadas, y en pro de moralismos selectivos.

22. PELIGRO QUINTO: Gnosticismo y Pelagianismo. El Papa dedica un capítulo entero (el segundo) a tratar dos peligros particulares, remitiendo a dos herejías de la Iglesia antigua que

hoy reaparecen como algo que amenaza «el corazón de los cristianos que se dejan seducir» [GE 35]. Francisco se centra en ellas porque son las más sutiles y porque son las que se oponen más de frente a sus dos preocupaciones mayores:

- El **pelagianismo moderno** es la deformación más perniciosa del corazón misionero de la Iglesia. El hombre cree que con sus fuerzas puede llegar donde quiera, relativizando o anulando la fuerza de Dios que lo impulsa. Sin humildad y sin gracia.

«Se manifiesta en muchas actitudes aparentemente distintas: la obsesión por la ley, la fascinación por mostrar conquistas sociales y políticas, la ostentación por el cuidado de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial. En esto algunos cristianos gastan sus energías y su tiempo, en lugar de dejarse llevar por el Espíritu en el camino del amor, de apasionarse por comunicar la hermosura y la alegría del Evangelio y de buscar a los perdidos en esas inmensas multitudes sedientas de Cristo» [GE 58].

- El **gnosticismo moderno** es la deformación más perniciosa del corazón santo de la Iglesia. El hombre cree que por su solo conocimiento y por pertenecer a una determinada élite sabia puede salvarse. La del gnóstico es una fe no encarnada y no para todos, cuando la verdadera santidad baja a los detalles concretos de la vida de todo el

pueblo de Dios. Sin carne y sin misterio.

«Es propio de los gnósticos creer que con sus explicaciones ellos pueden hacer perfectamente comprensibles toda la fe y todo el evangelio. (...) [Pretenden] reducir la enseñanza de Jesús a una lógica fría y dura que busca dominarlo todo» [GE 39].

«Se vuelve especialmente engañosa cuando se disfraza de una espiritualidad desencarnada. Porque el gnosticismo “por su propia naturaleza quiere domesticar el misterio”, tanto el misterio de Dios y de su gracia como el misterio de la vida de los demás» [GE 40].

- Es interesante el recorrido que el Papa hace de cada uno de estos dos peligros. Puede ayudar a hacer lo mismo con el resto de tentaciones que nos acechan:
 - Los explica en el contexto de la historia de la Iglesia.
 - Los traduce de forma que podamos reconocerlos dentro de nuestra Iglesia.
 - Apunta a concreciones de este peligro en nuestra vida eclesial.

B.3. ¿QUÉ HORIZONTE NOS INVITA A VIVIR A NOSOTROS HOY? HACIA DÓNDE...

Lo irrenunciable de la propuesta del Papa

23. Llegados a este punto, sabiendo desde dónde escribe Francisco GE y de qué peligros desea sacar a los cristianos de hoy, podemos contemplar ahora el paisaje de su exhortación. En ella resalta, por encima del análisis de la situación espiritual de la Iglesia actual y de sus puntos flacos, **el horizonte hacia el que quiere que caminemos**. Lo irrenunciable de la propuesta del Papa es, por un lado, **recordar el proyecto original de Dios** para con los hombres (la santidad como principio y fin divinos) y, por otro, **impulsar a los creyentes de a asumirlo en su vida concreta** en el mundo actual (la santidad como camino encarnado).
24. Por eso, los capítulos centrales son el **primero** (la **llamada** a la santidad), puerta del documento y de la vida cristiana; el **tercero** (la **plenitud** de la santidad en Cristo), centro y meta del documento y de la vida cristiana; y el **cuarto** (la **concreción** de la santidad hoy), propuesta encarnatoria del documento y de la vida cristiana. Los capítulos **segundo** y **quinto** responden respectivamente a los **peligros** que amenazan la santidad (sutiles desviaciones del camino) y la **lucidez** necesaria para sortearlos (herramientas para custodiar el propio proyecto de santidad).
25. GE tiene como **trasfondo icónico y bíblico el**

capítulo V del evangelio de Mateo, el del sermón de las bienaventuranzas. Tomando de ese mismo capítulo la llamada que hace Jesús a sus discípulos, podríamos resumir toda la exhortación como una llamada a la Luz de la alegría ante un mundo atravesado por la tiniebla de la tristeza y la mediocridad:

- Cristo es la Luz del mundo (ser santos):
- contemplándole a él, podemos ser la luz del mundo (nosotros)
- y podemos hacer que brille así nuestra luz ante todos (hoy).

PROFUNDI-
ZANDO EN
GAUDETE ET
EXSULTATE

C.1. LA LLAMADA A LA SANTIDAD EN LA VIDA ORDINARIA (CAPÍ- TULO PRIMERO)

26. La santidad es, primero de todo, una **llamada** para el cristiano. Antes que ideal de vida concreta u horizonte final del camino de fe, la santidad es parte sustancial de la llamada de Jesús al seguimiento. Por eso el primer capítulo de GE busca abrir los oídos de cada cristiano para que vuelva a escucharse esta llamada vocacional: nos ha elegido para que estemos con Él, es decir, para ser santos como Él es santo, misericordiosos como Él es misericordioso. Podríamos decir que esta llamada tiene una textura interna caracterizada por tres notas: para ser santa, nuestra fe ha de ser **(a) una fe acompañada** (vivida en la Iglesia como pueblo de Dios), **(b) una fe urgida** (espoleada por la invitación continua a vivir la misión de Cristo) y **(c) una fe viva** (que toque todos los aspectos de la vida y que humanice nuestra existencia).

27. La fe ACOMPAÑADA:

- Este capítulo recoge la convicción – central en Francisco– según la cual **la santidad –como la misión– no es un asunto individual** [cf. GE 6–7]: la Iglesia es el pueblo sencillo de Dios y la santidad surge cuando caminamos dentro de ese pueblo santo (es ya santo porque Cristo camina con Él).
- La santidad es para todos y no necesita ser perfecta en todo tiempo: más bien, **toda circunstancia vital es propicia**

para vivir en santidad, también aquella en que no nos sentimos realmente dignos o la altura de nuestra fe. Los santos de la puerta de al lado –nuestro abuelo, nuestra vecina, nuestra suegra– lo son cuando viven la fe en camino –acompañados y acompañando– también en sus imperfecciones [cf. GE 3].

- **La compañía mayor para nuestra fe es la de Jesús, el Santo**, que a través de su Espíritu va obrando en nosotros el amor [cf. GE 6,9].

28. La fe URGIDA:

- El Señor **nos llama a todos, también a ti**. En realidad, Él llama a cada uno para formar parte del pueblo elegido. Nadie queda excluido de esta llamada a la santidad y cada uno ha de sentir sobre sí **la urgencia continua de responder con la propia vida cotidiana al deseo de Dios sobre su pueblo** [cf. GE 14].
- Dado que santidad y misión son un binomio inseparable en la vocación cristiana, **en la medida en que se vive santamente se realiza la propia misión en el mundo**. Por eso dice el Papa que cada santo es en una misión [cf. GE 19; EG 273] y dicha misión tiene su fuente y su término en Cristo mismo, Santo y Misionero del Padre [cf. GE 19–21].

29. La fe VIVA:

- Toda existencia cristiana es una misión santa o una santidad misionera. No se es santo o misionero a ratos, sino que **el conjunto de la vida de un cristiano** constituye una palabra pronunciada desde Cristo para el mundo como luz [cf. GE 23].

- También la acción, **la tarea, es parte de la santidad**. Hemos de evitar la disyuntiva oración o acción, contemplación o misión. O se dan juntos ambos polos o no se dan en absoluto [cf. GE 26].
- Lejos de cansarnos, descoyuntarnos, derrotarnos o entristecernos, la llamada a la santidad, cuando se responde continua y cabalmente, nos acerca a la plenitud de lo que somos, a la felicidad para la que hemos sido creados [cf. GE 32]. La santidad no nos saca de nosotros mismos en un ejercicio ascético imposible, sino que **el esfuerzo sostenido de la fe de cada día, nos hace más dichosos y más humanos** (y, por consiguiente, más misericordiosos y más fraternos [cf. GE 33]).

30. Testimonios (cf. Anexo 1):

- Madeleine Dêlbrel (laica). Una *santa* que acompaña.
- Thomas Merton (monje cisterciense). Un *santo* que alienta.

C.2. LA LÓGICA DE LAS BIENAVENTURANZAS (capítulo tercero)

31. La **santidad es la existencia entera de Cristo como Palabra del Padre para los hombres, como Luz del mundo**. Él es la **plenitud** de la vida santa y lo es en todos los misterios de su vida. La santidad del pueblo cristiano consistirá, pues, en un seguimiento de Cristo tal que actualice humildemente estos misterios en las circunstancias concretas que nos ha tocado vivir.

32. El Papa entiende que, para comprender el corazón de la existencia santa de Cristo hay que acudir al monte de las **bienaventuranzas** y al **juicio final**: en ambos pasajes del evangelio de Mateo se transparenta quién es Cristo [cf. GE 63] y quiénes estamos llamados a ser los cristianos [cf. GE 64]. Las bienaventuranzas son, pues, **el Rostro del Santo y la Luz de los santos**.

- El centro de las bienaventuranzas y del juicio final –y, por tanto, de la santidad cristiana–, es **el amor, la misericordia**. Un amor muy elevado (es el corazón mismo de Dios) y muy abajado (es profundamente práctico: llega hasta el emigrante, el parado o el mendigo que duerme hoy en nuestra calle [cf. GE 98]).
- Es un **camino a contracorriente y, sobre todo, a contramano**: se vive batallando con los criterios egoístas que impregnan tantas veces nuestras relaciones (a contracorriente) y atendiendo a quienes en su pobreza nos asaltan en la vida cotidiana (a contramano). La santidad es el ejercicio cotidiano de la misericordia desde y con Cristo misericordioso [cf. GE 101]. Este es el culto que Dios quiere.

33. Testimonios (cf. Anexo 1):

- Henry Nouwen (sacerdote). Un *santo* feliz por misericordioso.
- ETTY HILLESUM (laica): Una *santa* feliz a contracorriente.

C.3. LA NECESIDAD Y LA DUREZA DEL DISCERNIMIENTO (capítulo quinto)


34. La santidad es esa experiencia personal y comunitaria según la cual recibimos la Luz que es Cristo y nos disponemos y capacitamos para proyectarla en el mundo con corazón misionero. La Luz llega por sí sola y sin ambages, pero no se sostiene en el tiempo ni se puede compartir con otros si no le acompaña un ejercicio continuo de lucidez. Después de presentar la LLAMADA a la santidad (cap. 1), los PELIGROS que la acechan (cap. 2), la PLENITUD de la santidad que es la misericordia de Dios en Cristo (cap. 3) y su CONCRECIÓN para nosotros hoy (cap. 4), el Papa invita a **custodiar la propia vida de santidad aspirando a caminar en lucidez** (cap. 5).
35. El pueblo cristiano es lúcido cuando comienza por **reconocer con realismo que el mal y el pecado tienen en él una incidencia dramática**. Y que la santidad es, en gran medida, la historia del **combate** permanente contra el mal y en favor del Evangelio [cf. GE 158].
36. Habitualmente la santidad quiebra en este punto: no tanto en no acoger la llamada o en no comprender lo que Cristo nos propone, sino en **ir adormeciéndonos frente al mal**, en ir domesticando lo que nos aleja del camino de fe y nos devuelve al reino de la mediocridad o la mundanidad [cf. GE 164-165].
37. El Papa afirma que **el gran contrapeso a esta tendencia es el crecimiento personal y la maduración en el amor** [GE 163]. Y no hay crecimiento ni maduración sin **discernimiento**.
- El discernimiento es para Francisco **una herramienta clave** para no apagar

la Luz de Cristo en nosotros, para no frustrar el camino de santidad del pueblo de Dios. Se trata de **ir revisando continuamente a la Luz del Evangelio cómo concretar la vida de comunión con Dios y con los hermanos**: si Cristo me llamó para que estuviera con Él, ¿cómo puedo estar con Él plenamente, sin que nada me distraiga, en esta circunstancia concreta, en este momento de mi vida? [cf. GE 167,163].

- La finalidad del discernimiento es hallar mayor lucidez para que nuestro seguimiento sea **más y mejor cada día**. El don de Dios siempre aspira a una mayor plenitud, a una mayor abundancia. Pasando, eso sí, por la **renuncia de la cruz, que es la lógica del amor de Cristo**. En este sentido, el camino de santidad es siempre un camino abierto a más amor, a más misericordia, a más Luz. [cf. GE 169,172-175].

38. Testimonios (cf. Anexo 1):

- Luis Espinal (sacerdote, religioso y misionero). Un *santo* en vivo combate.
- Dorothy Day (laica): Una *santa* en vigilante lucidez.



ORACIÓN PARA CRECER EN SANTIDAD (capítulo cuarto)

Señor Jesús,
Rostro de santidad y Luz para los santos:
en medio del combate de la vida,
venimos a pedir que tu misericordia brille
sobre las tinieblas de nuestro corazón,
y que la alegría de la fe nos salve
de la mediocridad de nuestro mundo.

Vuelve a llamarnos, Señor, una y mil veces,
para que estemos contigo, custodiando el amor;
para que salgamos prestos a predicar tu Nombre;
para que esa llamada tuya, primera y feliz,
nos transforme en un pueblo nuevo,
misionero y santo, santo y misionero.

Un pueblo nuevo
de semblante alegre y palabra bienhumorada,
de caminar fervoroso y ánimo audaz,
de mirada apostólica y entraña compasiva,
de espera paciente e intimidad orante...
Un pueblo, en fin, de hijos y hermanos,
siempre pendientes de tus labios,
dispuestos siempre a más amor.

Pueblo dichoso extendido por los siglos,
pueblo dichoso por todos los rincones,
pueblo dichoso que alumbra aun en la cruz.
Tu cruz, oh Cristo,
cruz de los vencidos,
donde la santidad, que es tu promesa,
a todos nos apremia,
a todos nos aguarda:
limpio fanal de Claridad eterna,
cumbre final de bienaventuranza,
puerta abierta de Vida en abundancia.
Amén.





**LA SANTIDAD
VIVIDA
DE SAN ANTONIO M^a CLARET**



ESQUEMA

- A. Un acercamiento mínimo y múltiple a la santidad de Claret**
- B. Claret, un santo en los altares y en la puerta de al lado**
- C. El altar de los santos claretianos**
- D. La santidad renovada en cada encrucijada**
- E. Tres oraciones a san Antonio María Claret, *modelo, ayuda y destino* nuestro**
- F. Recopilación y mirada al futuro: santidad claretiana en el Movimiento de Seglares**

UN ACERCA- MIENTO MÍ- NIMO Y MÚL- TIPLA A LA SANTIDAD DE CLARET



1. "San Antonio María Claret fue un alma grande, nacida como para ensamblar contrastes: pudo ser **humilde** de origen y **glorioso** a los ojos del mundo. **Pequeño** de cuerpo, pero de espíritu **gigante**. De apariencia **modesta**, pero **capacísimo** de imponer respeto incluso a los grandes de la tierra. **Fuerte** de carácter, pero con la **suave** dulzura de quien conoce el freno de la austeridad y de la penitencia. Siempre en la **presencia de Dios**, aún en medio de su **prodigiosa actividad exterior**. **Calumniado** y **admirado**, **festejado** y **perseguido**. Y, entre tantas maravillas, como una luz suave que todo lo ilumina, **su devoción a la Madre de Dios**".
2. Estas palabras del papa Pío XII en la canonización del Padre Claret nos presentan las dos caras de la santidad: por un lado, la del hombre que fue **santo en lo ordinario** y, por otro, los rasgos de una **santidad extraordinaria** que le ha llevado a ser modelo de seguimiento para la Iglesia. Proponemos un acercamiento mínimo y múltiple a la santidad vivida de san Antonio María Claret como puerta abierta para que cada uno vivamos con gozo y seriedad lo que en él se propone, especialmente desde los **retos que su figura nos plantea como asamblea laical creyente**.
3. Decimos que el acercamiento es **mínimo** y **múltiple** porque no pretendemos presentar una semblanza redonda de la fisonomía espiritual misionera de Claret. Pero no renunciamos a asomarnos mínimamente a varios fanales que nos pueden acercar la Luz santa de Dios que Claret transparenta para nosotros.
4. Para acercarnos a la santidad de Claret, al modo como él encarnó el Evangelio en sí mismo y para su tiempo, podemos mirar desde varios ángulos:

- Quizá lo más obvio y lo más tradicional sería trazar su perfil cristiano, en **lo recibido** (sus dones naturales y sus virtudes más espontáneas) y **lo entregado** (su respuesta a la llamada de Dios, qué hizo y cómo vivió). Para ello, habría que hacer un estudio sistemático de su vida, sus obras y sus escritos. Esto supera con mucha nuestras fuerzas y el tiempo del que disponemos.
- Podemos también bucear en sus **palabras, deseos y proyectos cotidianos**. La fisonomía espiritual de un ser humano se plasma no solo en lo que destaca y todos reconocen al mirarlo sino muy singularmente en lo que discretamente se va viviendo cada día. Por fortuna, de Claret conocemos palabras, deseos y proyectos muy a ras de suelo, muy concretos y cotidianos. Nos valdremos de ellos en un primer momento para comprender cómo el santo que está hoy en los altares fue y sigue siendo uno de los santos de la puerta de al lado.
- Una vereda poco recorrida pero también elocuente para captar cómo se fue desarrollando la santidad de Claret radica en **los hombres y mujeres que lo inspiraron y fueron inspirados por él**. La santidad de otros despierta la nuestra y viceversa: así en nosotros como en Claret. Por eso, en un segundo momento, presentaremos a algunos de aquellos que formaron para Claret una nube de testigos y espolearon su anhelo de alcanzar la santidad.
- Cabe aún un modo más profundo –y más complejo– a la hora de trazar la

santidad de Claret, que consiste en atender a **los entresijos de su crecimiento espiritual**, especialmente aquellos que se revelan en **las encrucijadas claves de su existencia**. Dedicaremos a esto una reflexión final con ánimo evocador, no exhaustivo.

- Finalmente, contemplaremos la santidad claretiana **en nosotros y para nosotros** como Movimiento de Seglares, dejando que la Luz de Cristo que reverbera en Claret ilumine hoy nuestro peregrinar misionero en fe y alegría.

CLARET, UN SANTO EN LOS ALTA- RES Y EN LA PUERTA DE AL LADO

5. Pensar en la santidad de Claret es pensar en san Antonio María Claret, el santo en los altares, el hombre canonizado que Dios ha suscitado en la Iglesia para, como dice el Prefacio I de los santos, ofrecernos «el **ejemplo de su vida**, la **ayuda de su intercesión** y la **participación en su destino**». Modelo, ayuda y destino nos vienen de Dios a través de Claret cuya santidad se vio cumplida en vida y se perpetúa ahora en el Reino de Dios.
6. Pero cabe también pensar la totalidad de su vida concreta como *misionero*, entendiendo que su historia particular y pequeña se ha convertido para nosotros en esa palabra, tomada de la riqueza de Cristo, que Dios quiso decir al mundo y nos quiere decir hoy a nosotros. En este sentido, Claret es para nosotros al mismo tiempo uno de esos «santos que ya han llegado a la presencia de Dios que mantienen con nosotros lazos de amor y comunión» [GE 4] y el hombre concreto, el seguidor humilde, el discípulo esforzado que, como nosotros, tuvo que ir tejiendo su propio tapiz de santidad en un mundo y unas circunstancias concretas. Considerar **su vida ordinaria, sus compañeros en la fe y su proceso de transformación espiritual** nos ayudará a acercar nuestro corazón al suyo.
7. Nos valemos para este viaje imaginario hacia el hombre Antonio María Claret y Clará de algunos de sus textos más aparentemente anecdóticos y, por ello, menos conocidos: los llamados *Propósitos* que Claret escribía año tras año cuando terminaba los Ejercicios espirituales personales, algunos de ellos precisamente aquí, en El Escorial. Tomamos como referencia algunos fragmentos de los tres extractos de sus propósitos que aparecen en la *Autobiografía* (cf. Anexo 3).
 - De la Regla de vida y propósitos que

con la ayuda de Dios procuro guardar [Aut 642-650].

- *Propósitos de los ejercicios que hice en El Escorial desde el día 10 de noviembre al 19 inclusive del presente año de 1862 [Aut 740-748].*
 - *Recuerdos [Aut 749-756].*
 - *Propósitos de los santos ejercicios. Al último tercio de octubre de este año, 1863, fui al Escorial para hacer ejercicios, que duraron del día 23 de octubre hasta el primero de noviembre inclusive, en los que hice los propósitos siguientes [Aut 780-792].*
8. En los Propósitos de Claret podemos captar aspectos que coinciden con las llamadas que hoy el papa Francisco nos lanza a toda la Iglesia en GE. A continuación, entresacamos algunas notas al respecto:
- La necesidad de buscar **un continuo equilibrio entre el encuentro con Dios y el trabajo misionero**. Los vemos en el modo como Claret hace el reparto de sus tareas diarias, así como en su deseo de no perder un instante de su tiempo y en su anhelo de imitar a Jesús en orar, trabajar y sufrir.
 - El interés sostenido de «andar siempre en las cosas de Dios», **desterrando de su vida los criterios no evangélicos**, caminando **siempre en la presencia de Dios** y **obrando todo para mayor gloria suya**, evitando la alabanza propia.
 - La obsesión por **configurarse con Cristo, por imitarle**, por tomarle como modelo, «pensando cómo se portaría en tales ocasiones».

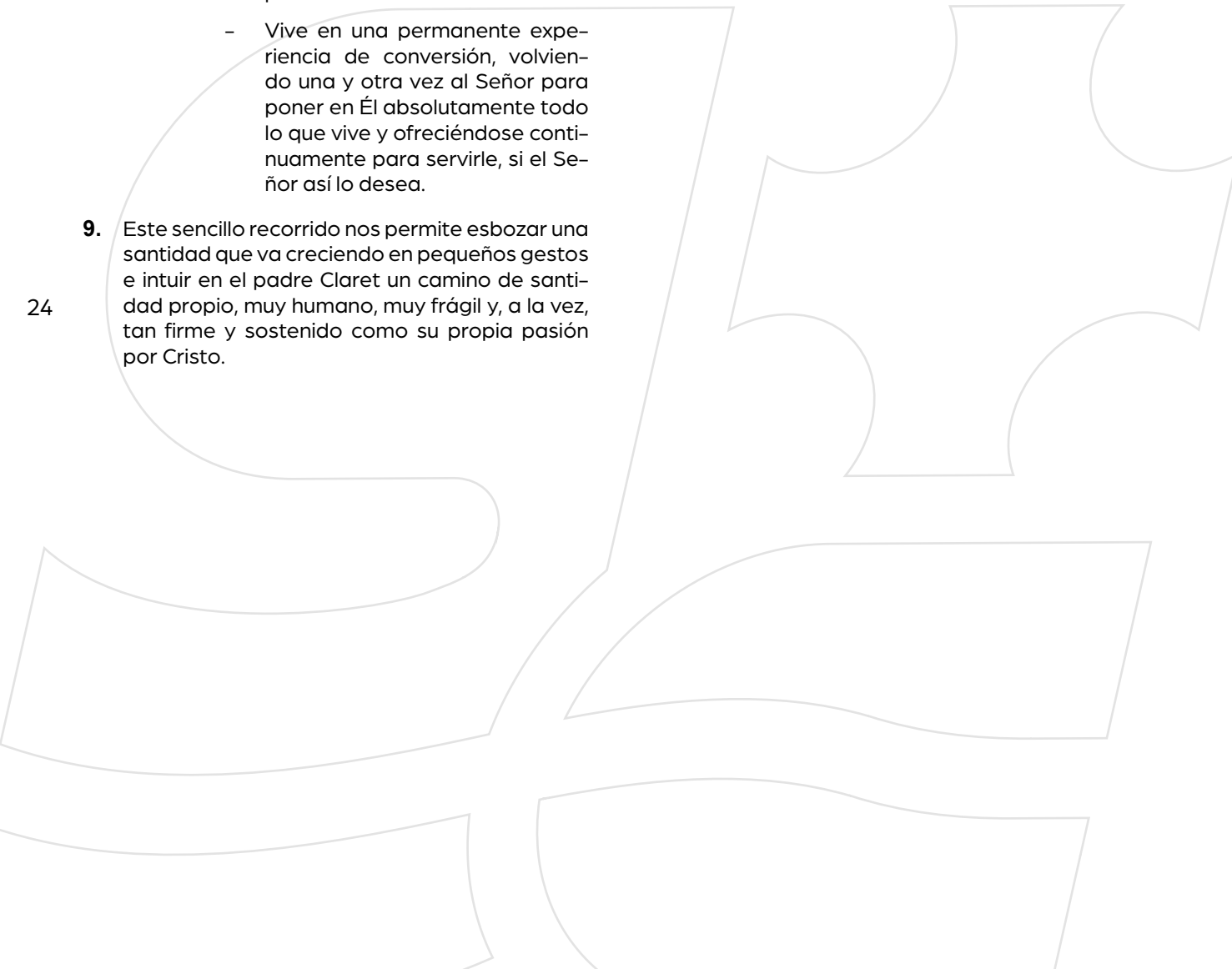
- Claret **concibe su existencia como misión**, podemos verlo en la manera en el que expresa su vivencia de las tareas más rutinarias: «Antes de comer diré: Señor, como para tener fuerzas y servirlos mejor. Antes de estudiar diré: Señor, estudio para más conoceros, amaros y servirlos...»; y en el ofrecimiento de su vida para ser un instrumento pobre para la conversión de los pecadores.
- El afán **por vivir las bienaventuranzas**, buscando siempre en sus actitudes aquellas que son más parecidas a las de Jesús (y María).
 - Entre todas estas actitudes destaca la de la **mansedumbre**. Claret era un hombre de carácter fuerte y podemos imaginar sus esfuerzos por controlarse en muchas ocasiones, evitando la ira, la impaciencia, la precipitación o el enfado para no escandalizar a nadie.
 - Sabemos también, y en estos propósitos se entrevé, que alcanzar una santa **humildad** fue uno de los empeños que lo mantenía en continua tensión.
 - La renuncia, el ayuno, la mortificación son, entre otras herramientas, signos del deseo de tener un **corazón pobre**, capaz de renunciar a todo para no atarse a nada y ser todo para Dios.
 - Evitar la queja, evitar hablar de sí mismo, esforzarse en ser amable especialmente con los que no soporta, buscar en todo la

pureza y la rectitud de corazón: son formas de expresar que no quiere dejar resquicio alguno a la tentación, evitando así poner en riesgo su **corazón (limpio)**.

- Y la experiencia continua de **ser perseguido**, que también se abre paso entre sus máximas, en las que se propone «padecer muchos dolores y calumnias sin quejarme ni defenderme».
- El empeño por **hacer lo «mejor posible las cosas ordinarias»** y poner «sumo cuidado en hacer bien cada cosa particular, como si no tuviera nada más que hacer». Recordemos que el papa Francisco dice en un momento de GE que a veces la santidad «se trata de encontrar una forma más perfecta de vivir lo que ya hacemos (...) “para realizar las acciones ordinarias de manera extraordinaria”» [GE 17].
- Claret vive su camino de fe **en continuo combate, en continuo discernimiento**, poniendo todos los medios a su alcance y valiéndose de las mejores herramientas para mantenerse lúcido en su discipulado:
 - Se repiten en sus propósitos los tiempos para retiros, ejercicios espirituales, la reconciliación y el examen particular.
 - Él mismo habla de escoger siempre lo mejor cuando haya concurrencia entre dos cosas, incluso si tiene que renunciar a su propia voluntad para hacer la voluntad de Dios.

- Leer sus propósitos de cada año nos permite comprobar cómo casi siempre son las mismas cosas en las que intenta crecer... Esto nos habla de un combate continuo para evitar el mal y el pecado.
- Vive en una permanente experiencia de conversión, volviendo una y otra vez al Señor para poner en Él absolutamente todo lo que vive y ofreciéndose continuamente para servirle, si el Señor así lo desea.

9. Este sencillo recorrido nos permite esbozar una santidad que va creciendo en pequeños gestos e intuir en el padre Claret un camino de santidad propio, muy humano, muy frágil y, a la vez, tan firme y sostenido como su propia pasión por Cristo.



EL ALTAR DE LOS SANTOS CLARETIANOS



10. En su peregrinar como misionero, Antonio María Claret fue fijando su mirada en **testigos de la fe**, algunos **reconocidos oficialmente** por la Iglesia; otros, **compañeros de su camino** y colaboradores en sus empresas. Unos y otros conforman el altar de los santos claretianos: un altar que nos habla de la santidad del propio Claret, un don de Dios que no se agotó en él mismo, sino que, a través de él, nos sigue llegando a muchos.

11. Con respecto a los **santos canonizados** en quien él se miraba, Claret escribe cuatro capítulos largos de su Autobiografía a evocar lo que en ellos le admiraba: uno dedicado a los varones (capítulo XII: *De los estímulos que me movían a misionar, que fue el ejemplo de los Profetas, de Jesucristo, Apóstoles, Santos Padre y otros Santos*); tres, a las mujeres (capítulos XIII, XIV y XV: *De los ejemplos y estímulos que tomaba de algunas santas, De la misma materia*). Cf. Anexo 4. Por citar solo los más señeros (más allá de Sta. María, S. José y los Stos. Apóstoles):

- Santa Catalina de Siena.
- Santa Teresa de Jesús.
- Santa Rosa de Lima.
- Santa María Magdalena de Pazzi.
- San Juan de Ávila.
- San Ignacio de Loyola.
- San Felipe Neri.
- San Alfonso María de Ligorio.

Recogemos aquí algunas notas comunes a todos ellos, que pueden ayudarnos a nosotros a rastrear lo característico de la santidad vivida en clave claretiana: **¿qué destaca Claret de la santidad de estos hombres y mujeres in-**

signes? ¿En qué medida se acompañan estos acentos con los propuestos por Francisco en GE?

- Santos que han trabajado por **la conversión personal y del prójimo**. La idea de la santidad como transformación personal, como proceso de vida.
- Santos de celo ardiente, que han dado una preeminencia a la predicación de la Palabra, es decir, al **anuncio del Evangelio**, al cariz misionero de la Iglesia.
- Santos **profundamente compasivos**, especialmente para con quienes no conocían a Jesús y estaban lejos de su salvación.
- Santos **serios y hondos en la oración y alegres en medio de la persecución**.

26 **12.** Con respecto a quienes caminaron con él y bebieron en las fuentes de la santidad de Claret, los nombres son numerosísimos. Los más evidentes para nosotros son aquellos que han formado o forman parte de la **familia claretiana** en alguna de las ramas de la misma. Pero quisiéramos ampliar el horizonte y traer aquí a figuras que, **desde otros lugares eclesiales**, participaron de la santidad de Claret porque le ayudaron a vivirla y viceversa. Los agrupamos en torno a tres etapas de su vida en las que enseguida nos detendremos brevemente. Cf. Anexo 4:

- De su etapa catalana:
 - Fortián Bres. *Un hombre mayor al servicio del joven que comienza.*
 - Jaime Balmés. *Un intelectual que apreciaba al hombre de fe.*

- San Pedro Almató. *Una palabra alentadora a tiempo que cambia la vida.*

▪ De su etapa cubana:

- Francisco Coca y Manuel Subirana. *Los mandó de dos en dos.*
- El Marqués de la Pezuela. *Un hombre de alta cuna y amigo de la justicia.*
- Paladio Curríus. *Un hombre con fianza al servicio de la caridad.*

▪ De su etapa madrileña:

- Juan Manuel Berriozabal. *Un admirador del hombre de palabra.*
- Lady Elisabeth Herbert. *Una visita fugaz entre dos almas compasivas.*
- Marie-Jean Leonard Bousquet. *Un hombre discreto en el momento decisivo.*

13. Dejemos que unos y otros (los grandes santos y los santos anónimos) nos hablen de Claret y, con Claret, interpelen nuestra vocación laical, heredera también de este espíritu ardiente y misionero que Dios suscitó en la Iglesia en el siglo XIX.

LA SANTI- DAD RENO- VADA EN CADA EN- CRUCIJADA



14. Para apercibirnos de cómo se fraguó la santidad en Claret nos fijamos, por fin, en **su proceso de transformación interior**. Es quizá la parte más interesante y la más difícil de explicar, porque la santidad se juega en última instancia en eso inefable que el Espíritu Santo va obrando en la más profundo de nosotros cuando nos abrimos de verdad a la voluntad de Dios. Podríamos decir, simplificando mucho, que Claret experimenta un proceso de conversión continua hacia un amor mayor, hacia una entrega más honda al Señor:

- Los momentos cruciales de este proceso de crecimiento coinciden con las **llamadas inesperadas que la vida le pone por delante**. Fundamentalmente tres: ser padre de una congregación de misioneros, ser arzobispo de Cuba y ser confesor de la Reina.
- A ojos del mundo, Claret es cada vez un hombre más relevante, pues se le encomiendan tareas de mayor altura y responsabilidad. A este respecto, es curioso como Pío XII, justo antes de la famosa semblanza que hace del santo en la misa de su canonización, alaba el camino de ascenso eclesial de Claret:

«Su regreso [de Roma,] iluminado con un ideal pronto se concretaría en su obra principal, sus Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (...). Cualidades tan excelsas requerían más amplio escenario, y Nuestro gran Predecesor Pío IX vio en él un "pastor según el corazón de Dios", eligiéndole para la sede metropolitana de Santiago de Cuba (...). Pero la Providencia le quería en lugar aún más visible, confesor y consejero de una Reina».

- Sin embargo, a ojos del propio Anto-

nio, el suyo fue un camino de descenso y de cruz: su libertad de movimiento y su vocación fundante se vieron cada vez más comprometidos, pues **la obediencia de Dios le llevó a sitios muy alejados de sus sueños primeros y de su querer esencial**. Él quiso ser fundamentalmente misionero, pero no lo pudo ser sin más: tuvo que aprender a serlo como fundador, obispo y confesor. Esto determina enormemente su camino de santidad: es en esas encrucijadas de su historia donde él realmente asume la lógica de la cruz que le lleva a custodiar la alegría de la fe.

- Al asumir lo que Dios le iba pidiendo, **Claret amplía su vocación inicial, se hace cada vez más santo**, mejor discípulo de Cristo. Esta ampliación camina siempre **en dos direcciones: mayor amor a Dios** (espiritualidad) y **mayor trabajo por la salvación de los hombres** (misión). Estar más con él Señor y salir más a predicar. Claret lo expresa bellamente al describir la llamada que sintió después de la *gracia grande*:

«En el día 26 de agosto, hallándome en oración en la Iglesia del Rosario, en La Granja, a las 7 de la tarde, el Señor me concedió la gracia grande de la conservación de las especies sacramentales y tener siempre, día y noche, el Santísimo Sacramento en el pecho; por lo mismo, **yo siempre debo estar muy recogido y devoto interiormente** [espiritualidad]; **y además debo orar y hacer frente a todos los males de España** [misión], como así me lo ha dicho el Señor» [Aut 694].

Como se ve, la urgencia de la misión y la madurez en el amor de Cristo van

siempre de la mano. Cuanto más se siente llamado a ir a predicar, más necesita estar con el Señor, y viceversa. Y siempre en escenarios impensados para él.


- Como decíamos, hay –al menos– tres grandes hitos en la santidad de Claret en tanto camino de transformación. A continuación, los evocamos con sencillez por si iluminan nuestro propio itinerario de santidad. Nótese que cada uno de ellos parece responder a los tres grandes empeños que Claret señala en la Definición del misionero: *no piensa sino en cómo seguir e imitar a Jesucristo en orar, trabajar y sufrir*.

15. De sacerdote a apóstol (orar): los deseos misioneros de la infancia fraguan en Claret en su vocación sacerdotal, que es la más temprana y la más evidente. Pero enseguida Dios le pide a Claret un paso más, un salto de fe. Quizá la primera gran *obediencia santa* de Claret es la que le lleva a fiarse de Dios con espíritu universal, mirando más allá de Sallent y de los pueblos de su Cataluña natal. No solo debe orar y compadecerse de los hombres sencillos que él conoce y a los que se siente naturalmente inclinado, sino que debe ampliar su horizonte misionero. En este sentido, en su marcha a Roma para ofrecerse a *Propaganda Fide*, Claret se dispone a abrir su corazón sacerdotal para convertirlo en un corazón apostólico, lo cual tiene su reflejo directo en la posterior fundación de la congregación de misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

16. De apóstol a misionero (trabajar): el nombramiento de arzobispo pone en entredicho lo que Claret pensaba que Dios quería de él y le obliga nuevamente a reconducir su historia. Aparen-

temente, pierde en universalidad y en libertad, pues tiene que abandonar el liderazgo de un proyecto para todo el mundo y atarse a una tierra, una gente y un ministerio muy específicos y no escogidos por él. Tiene que pasar de ser el apóstol que él soñó al misionero concreto, entre los más pobres de la tierra y en el ejercicio de la autoridad episcopal.

17. De misionero a evangelizador (sufrir): el horizonte de Claret se ensancha, en la última etapa de su vida y de forma definitiva cuando más se estrecha su capacidad de movimiento. El sufrimiento de la persecución (dieciséis atentados sufrió en Cuba) y el sufrimiento que traía consigo el cargo de confesor de la reina Isabel II impelen a Claret a llevar a cabo una última conversión, seguramente la más complicada y donde su santidad se aquilata del todo: de misionero de ultramar a evangelizador por todos los medios. Madrid es el ocaso y a la vez la madurez de la santidad de Claret: nunca antes fue menos lo que él había soñado ser y más lo que Dios quiso que fuera; nunca antes fue menos y más misionero. En comprender y asumir gozosamente esta paradoja –perder la vida para ganarla, abrazar la cruz para resucitar– se cifra la verdadera y santa transformación del alma de Claret.



TRES ORACIONES A
SAN ANTONIO MA-
RÍA CLARET, MODE-
LO, AYUDA Y DESTI-
NO NUESTRO

18. TÚ NOS OFRECES «EL EJEMPLO DE SU VIDA»

Señor Jesús,

tú nos ofreces a san Antonio María Claret:
pones ante nuestros ojos
el ejemplo de su vida.

Esta familia, que camina en la Iglesia
te busca y desea seguir tus pasos.

Y entre las muchas luces

que nos procuras en esta travesía,
nos has legado

la vida entera de Claret.

Su misma existencia concreta,

—hecha de tantos retales, zurcida por ti—
es su mejor herencia,

tu don más sabroso.

Como cuidaste su vida,

cuidas también la nuestra.

Para que no temiendo tanto la muerte,
todo te lo ofrezcamos con gratitud.

A ti, que vives y reinas,

por los siglos de los siglos.

Amén.

29

**19. TÚ NOS OFRECES «LA AYUDA DE SU INTERCE-
SIÓN»**

Señor Jesús,

tú nos ofreces a san Antonio María Claret:
pones ante nuestras necesidades
la ayuda de su intercesión.

Esta familia, que camina en la Iglesia
te necesita y desea saberte cerca.

Y entre los muchos auxilios

que nos procuras en este valle de lágrimas,
nos has legado

la devoción de Claret por el Corazón de María.

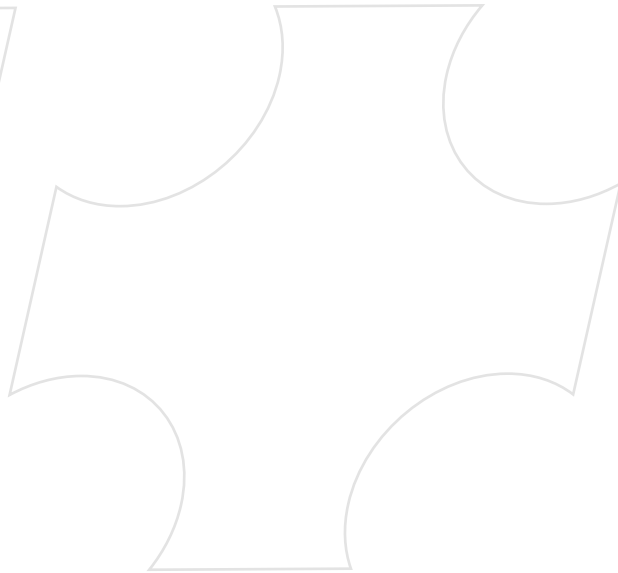
Su misma oración maternal,

—hecha de amor por ti, de amor por el prójimo—

es su mejor apoyo,
tu don más confortante.
Como María intercedió por él,
él intercede por nosotros.
Para que no temiendo tanto el fracaso,
todo te lo pidamos con fe filial.
A ti, que vives y reinas,
por los siglos de los siglos.
Amén.

20. TÚ NOS OFRECES «LA PARTICIPACIÓN EN SU DESTINO»

Señor Jesús,
tú nos ofreces a san Antonio María Claret:
pones ante nuestro futuro
la participación en su destino.
Esta familia, que camina en la Iglesia
te sueña y desea alcanzar tu Vida.
Y entre las muchas promesas
que nos procuras en este peregrinar,
nos has legado
la patria feliz de Claret.
Su mismo final generosísimo,
—hecho de entrega fiel, de gloria verdadera—
es su mejor herencia,
tu don más apasionante.
Como llevaste su anhelo a plenitud,
así llevarás también el nuestro.
Para que no temiendo tanto el dolor,
todo lo recibamos con esperanza.
De ti, que vives y reinas,
por los siglos de los siglos.
Amén.



RECOPILA- CIÓN Y MI- RADA AL FUTURO: SANTIDAD CLARETIA- NA EN EL MOVIMIEN- TO DE SE- GLARES

- 21.** Reservamos la última parte de nuestra jornada para tener un tiempo de recopilación y mirada al futuro por comunidades. El objetivo es esbozar algunos *propósitos santos* que se pueden plantear a la comunidad de cara a vivir de un modo más consciente el Movimiento de Seglares como camino de santidad.

A close-up photograph of a hand gripping a handle, with a blue ribbed sleeve visible. The image is overlaid with several white, semi-transparent geometric shapes, including a large 'S' shape and various rounded rectangles and trapezoids, creating a layered, abstract effect.

ANEXOS



ANEXO 1.

SANTOS DE LA PUERTA DE AL LADO

Textos elaborados a partir de diversas fuentes, fundamentalmente de www.pastoralsj.org

MADELEINE DÊLBREL (LAICA). UNA SANTA QUE ACOMPA- ÑA

Nunca entendí mi fe en la soledad de un retiro permanente. Nunca quise vivir fuera o lejos de mi pueblo. Paseé las calles de París una y mil veces, en esa primera mitad del siglo XX tan convulsa... y al tiempo tan retadora, tan viva. Me recuerdo perdida en los suburbios de la gran ciudad, pero encontrada por dentro. Con mis manos y mis pies enredados entre los hombres y mujeres marginados de las fábricas, en una vida aparentemente corriente por fuera pero llena de color por dentro. Escribía a ratos, buscando la belleza de Dios en mis versos. En ellos era creyente y buscadora al mismo tiempo. ¡Pero nunca creyente en soledad! Iba con mi fe a cuestras también a mi trabajo en el ayuntamiento de Ivry, donde ejercía de asistente social codo a codo con mis compañeros comunistas. Ese era mi pueblo y en Él estaban Dios y mi felicidad, en el Dios obrero y en la felicidad de los obreros. Amiga fui –y consejera– de curas obreros y hasta de algún obispo que asistió al Vaticano II...

Dios me deslumbró el 29 de marzo de 1924, cuando tenía 20 años. La oscura luz que recibí entonces prendió toda mi vida. Fui de Cristo y con Cristo, acompañada y acompañando a mis hermanos de a pie. En comunidad, con otras mujeres laicas y con el Evangelio como

única regla, en los tiempos en que eso era un verdadero riesgo y una auténtica aventura. No teníamos mapas que nos indicaran cómo vivir pero sí una convicción profunda: que Dios no nos alejaba de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sino que nos llamaba a caminar con ellos intensa y amorosamente, con el único deseo de hacerles sentir algo de la Buena Noticia que nos había fascinado. Creo que estar cerca de los pobres, de los trabajadores, de las madres... me hizo entender muy pronto que la Iglesia necesitaba urgentemente hablar el lenguaje de mis contemporáneos, conocer sus dolores y sus alegrías, y acercarse a ellos allí donde se encontraban, llevando el Evangelio no sólo con las palabras, sino con el testimonio y la bondad del corazón. El pueblo, que caminaba en tinieblas, necesitaba que volviese a brillar sobre él la gran Luz.

La muerte me vino repentinamente, sobre mi mesa de trabajo, el 13 de octubre de 1964. Yo dejaba este mundo y, paralelamente, en el aula conciliar, un laico –presidente de la Juventud Obrera Cristiana internacional– tomaba la palabra por primera vez ante la Iglesia en nombre de los trabajadores cristianos que vivían en los barrios obreros de las grandes ciudades. No me tocaría a mí vivirlo, pero me alegré con mi pueblo al saber que una puerta nueva de santidad concreta y cotidiana se abría paso. Yo intenté vivirla en mi pequeña biografía, uniendo con ayuda del Señor la interioridad y la solidaridad, las raíces de mi fe y el diálogo con los que no la compartían, la soledad y la vida en común, el deseo de Dios y el riesgo del Evangelio.

Recuerdo, Señor, aquella oración que te escri-

bí en un café cualquiera, una noche cualquiera, en un barrio cualquiera donde tu pueblo grita: «Nos has traído esta noche a este café donde has querido ser Tú en nosotros durante algunas horas... Y porque tus ojos despiertan en los nuestros, porque tu corazón se abre en nuestro corazón, sentimos cómo nuestro débil amor se abre en nosotros como una rosa espléndida, se profundiza como un refugio inmenso y acogedor para todas estas personas cuya vida palpita en torno nuestro... Entonces el café ya no es un lugar profano, un rincón de la tierra que parecía darte la espalda [...] Atrae todo hacia ti en nosotros... Atráelos en nosotros para que aquí te encuentren. Dilata nuestro corazón para que quepan todos». Amén.

THOMAS MERTON (MONJE CISTERCIENSE). UN SANTO QUE ALIENTA

La belleza y la muerte marcaron mi vida desde niño. Al ver la luz en 1915, en el pequeño pueblo del sur de Francia donde nací, me encontré rodeado de una peculiar familia de artistas de aquí y de allá. Ellos dieron alas en mí a una sensibilidad que ya nunca me abandonó. Pero al arte le siguió demasiado pronto la ausencia. En pocos años perdí a mis padres, a mis abuelos y a mi único hermano, John Paul.

La orfandad, injusta por demasiado temprana, me hizo habitar una honda soledad hasta llegar a hacerla mía. Todos decían de mí que estaba lleno de dones; yo me veía demasiado solo. Una luz apenas –mi curiosidad, mi inteligencia– tiraba de mí hacia adelante. Hasta que un día caí rendido al Amor de un Dios antes desconocido... Soñaba con un mundo nuevo, con poner mis talentos al servicio de otros para sanar heridas como las mías... Lo que jamás imaginé es que mi compromiso con las grandes causas de la humanidad (contra la guerra, por los derechos humanos y civiles...) me llevaría a la soledad de la abadía trapense de Gethsemany, en Kentucky, a una vida apartada y contemplativa, en la plenitud de Dios. Por años pensé que solo una vida muy activa me rescataría de la orfandad, pero no hay actividad más plenificante que la del que se retira... ni una forma más hermosa de ayudar a otros que alentarles des-

de el corazón de la fe. Aun hoy sigo pensando que «en un mundo de ruido, confusión y conflicto hacen falta lugares como los monasterios, de silencio, disciplina interior y paz; no la paz de la comodidad, sino la de la claridad interior y el amor basado en el seguimiento total a Cristo».

Por eso, tras mi conversión, busqué en la soledad de un claustro la palabra precisa, honda, discernida para mantenerme toda la vida en un coloquio de intimidad con Dios y con los hombres. Y también para hablar de Dios con palabras nuevas a mis contemporáneos y alentarles en la lucha de cada día. Por eso quise escribir y predicar, a veces hasta la extenuación. Sentía que en mis libros y en esa compañía que ellos me permitían con tanta gente podía de corazón abrirme a Dios y a mis hermanos tal y como yo era, tal y como Cristo me quería: como un hombre que pregunta, reflexiona, intuye, observa, reza y espera. Alguien a quien todo le interesa, todo le apasiona; en todo encuentra una puerta hacia el amor.

Cuando tuve la ocasión, no lo dudé: me lancé a conocer también otras tradiciones religiosas, especialmente las asiáticas, que tanto bien me hicieron. Conocer el budismo me abrió más a la fe de Cristo y me ayudó a brindar el consuelo del Evangelio a hombres y mujeres de todo el mundo, con un horizonte inmenso que jamás imaginé. De hecho, la muerte vino a buscarme lejos de mi amada celda: tenía 53 años y estaba en Bangkok asistiendo a un encuentro interconfesional de monjes y monjas contemplativos. Aquel día el Espíritu, fiel compañero de camino por los senderos de la montaña de los siete círculos, me condujo hasta la cima. Allí

María me dio su mano, disipando de mi cielo las últimas nubes de soledad. Reconocí entonces que nunca fui huérfano de Dios: «Cuando yo creía que no había Dios, ni amor, ni misericordia, tú, María me guiabas al centro de Su amor».

HENRY NOUWEN (SACERDOTE). UN SANTO FELIZ POR MISERICORDIOSO

La mía es una de esas historias aparentemente predecibles que, después, no lo son tanto. Nací para ser sacerdote, o al menos, todo apuntaba en esa dirección. Mi familia era tan profundamente holandesa como católica. Me recuerdo a mí mismo de niño ya vestido de cura... ¡Parece que me estoy viendo! Uno de mis juegos preferidos era «decir misa» a mis hermanos. ¡Y no de cualquier modo! El detalle, la delicadeza, la sensibilidad que después me han abierto las puertas del Reino de los sencillos sobrevolaban ya aquellas eucaristías infantiles. Preparaba con esmero el altar, las vestiduras, el pan y el vino –que en realidad era agua– para la comunión.

Aquel juego de niño se hizo realidad: en 1957, a mis 25 años, fui ordenado sacerdote de la archidiócesis de Utrecht. Parecía que mi vida había alcanzado el tiempo de su reposo, mi vocación cumplida... pero no. Algo en mi interior ardía pidiéndome que diera un paso más, que fuera más allá de lo que siempre había deseado, que buscara a Dios y mi propia felicidad en otro lugar, en otro tiempo, con otra gente. Dios y la felicidad. Dios y los pobres. Estos han sido siempre mis dos amores, mis dos tensiones. Y, junto a ellos, tanta incertidumbre, tanta noche... Mucha riqueza interior y, a la vez, mucho des-

asosiego; todos me decían que tenía una personalidad carismática pero yo sabía que por dentro era un hombre frágil e incluso depresivo. Aunque quizá nadie lo notaba, porque Dios no solía borrar de mi rostro la sonrisa. Al final, todo este maremágnum interior me llevó a abandonar mi Holanda natal. Recalé en Estados Unidos. Allí estudié psicología hasta doctorarme, para ser después profesor durante casi veinte años en la Clínica Menninger de Topeka y en las universidades de Notre Dame, Yale y Harvard. ¡Veinte años! Todos pensaban que ahora sí, que por fin había encontrado mi lugar en mundo, que mi vida ya había alcanzado una meseta en la que descansar en Dios... pero no. Me seguía quemando la llamada radical del Evangelio y el deseo de una felicidad que aún no había encontrado.

Siendo todavía profesor, tanteé algunos caminos insospechados: primero me embarqué en la lucha activista por el reconocimiento de los derechos civiles de la comunidad negra en los Estados Unidos; después, me marché a vivir con los más pobres en varios países de Latinoamérica... Todos estos vaivenes me acercaban cada vez más a la felicidad sencilla de los pobres y los misericordiosos. El salto definitivo llegaría cuando decidí abandonar por completo la docencia universitaria para compartir mi vida con personas con discapacidad mental en Daybreak, la comunidad de El Arca en Toronto. Fue un salto mortal del que solo fui capaz después de haber contemplado mucho tiempo y muy hondamente la vida de Jesús, «el estilo desinteresado de Cristo», esa lógica que nos lleva a desposeernos de nosotros mismos para entrar en el Reino de los preferidos de Dios. Un

Reino en el que todos somos pequeños y amados por un Dios de infinita compasión.

En aquella comunidad no solo descubrí el poder del amor, sino que desde él pude sanar algunas heridas latentes por décadas en mí, como la de mi homosexualidad. Estando en el Arca me convencí de hay solo dos formas de vivir: «en la casa del miedo o en la casa del amor». Y de que solo la fe en Jesús, Hijo amado de Dios, nos ayuda a pasar de una a otra, porque solo ella nos procura esa íntima certeza según la cual también nosotros somos hijos e hijas amados de Dios. Bendita felicidad la de los que han conocido esta misericordia y la han llevado humildemente hasta la casa del pobre...

ETTY HILLESUM (LAICA).

UNA SANTA FELIZ A CONTRARRIENTE

Todo fue una sorpresa mayúscula. Nacer en medio de una familia en guerra. Morir en medio de un mundo en guerra. Vivir en guerra incluso conmigo misma... Y hallar en ello al Dios desconocido. Los desequilibrios emocionales de mi familia hicieron mella en mí, como una tormenta constante que siempre me acompañó. Interiormente egocéntrica y caótica, creí que moriría en esta guerra personal aparentemente imposible de reconducir. Hasta que la medicina y Dios me tendieron la mano para el rescate, me salvaron de la locura y hasta de mí misma...

Mi encuentro con Julius Spier fue definitivo. Él era psiquiatra, discípulo del famoso Carl Gustav Jung. Ejercía su labor con pasión, pero, por encima incluso de su ciencia, era un hombre creyente, profundamente espiritual. Abandonándome en sus manos experimenté un nuevo nacimiento en todos los sentidos. Él me enseñó, poco a poco, con la pedagogía del don y la paciencia, a entrar sin miedo dentro de mí misma, a ir unificando mi agitada vida interior... ¡Y hasta pude descubrir con él la presencia de Dios en mi turbulenta historia! «Un pozo muy profundo hay dentro de mí. Y Dios está en ese pozo. A veces me sucede alcanzarle, más a menudo piedra y arena le cubren: entonces Dios está sepultado. Es necesario que lo vuelva a desenterrar». De

aquella terapia salí decidida a vivir mi relación con el mundo desde el centro del amor divino.

A partir de entonces, sentí que podía volar sola, como si Dios me hubiese cogido de la mano y tirase de mí contracorriente. Su salvación cayó sobre mi vida como caen las sorpresas más inesperadas. Me venció con su compasión y esa compasión transformó mi manera de ver el mundo. La fe no disipa las contrariedades de la vida, sino que nos ayuda a nadar a contramano poniendo paz en medio del caos y amor en medio del odio. Al verte a ti, Jesús, perseguido con los perseguidos, último con los últimos, me encontré a mí misma de una vez para siempre y me dejé encontrar con mis hermanos. De otro modo, ¿cómo explicar ese impulso –fuera de toda lógica– que me llevó a unir mi suerte con la de los deportados judíos, acompañándolos hasta la muerte en el campo de concentración?

«Amado Dios, vivimos tiempos de inquietud (...). Y todo cuanto podemos hacer en estos días y lo que realmente importa es proteger ese poco de ti, oh Dios, en nosotros. Y, posiblemente, también en otros. Lamentablemente no parece que puedas hacer mucho en nuestras circunstancias, en nuestras vidas. Tampoco te responsabilizo por ello». «A veces resulta duro asimilar y comprender, oh Dios, lo que quienes han sido creados a imagen tuya se están haciendo entre sí en estos enloquecidos días. Pero no voy a recluirme en mi habitación, oh Dios; intentaré mirar a las cosas a la cara, incluso los peores delitos, y descubrir al pequeño y desnudo ser humano en medio de los monstruosos restos provocados por las absurdas acciones del hombre. (...) Intento plantar cara al

mundo, oh Dios, no huir de la realidad a mis bellos sueños –aunque creo que los bellos sueños pueden coexistir con la realidad más horrible– y seguir alabando tu creación, oh Dios, a pesar de todo».

Cuando ese horrible tren de mercancías me transportaba a Auschwitz, junto con mis padres y mi hermano Mischa, escribí en una postal El Señor es mi baluarte. Desde el vagón la arrojé por la ventana, como una carta de amor de Dios para este mundo herido que se desangra.

LUIS ESPINAL (SACERDOTE, RELIGIOSO Y MISIONERO). UN SANTO EN VIVO COMBATE

La Paz, Bolivia, 3.700 metros de altura. La noche del 21 de marzo de 1980, un jeep se para frente a mí. Yo volvía del cine, de ver *Los desalmados*, para poder hacer mi habitual crítica en la radio sobre ella. Me meten por la fuerza en el coche. Un grito en la noche. Golpes. Torturas. 17 balazos. Un campesino encuentra al día siguiente mi cuerpo en un basural. Siempre tuve una inmensa gratitud hacia ese pueblo que me acogió en sus luchas y esperanzas. Ahora la acción de gracias se multiplica: 80.000 personas acuden a mi entierro, en mi tumba siempre hay flores frescas y esa hermosa inscripción que eligieron para mi recuerdo: Asesinado por ayudar al pueblo. El parlamento de Bolivia me proclama mártir de la libertad. Dos días después, es asesinado Monseñor Romero en El Salvador.

Muchos creen que mi final fue trágico. Para mí tuvo el sabor del Evangelio, que es en realidad el sabor de la santidad recia, de la vida nueva. De esa vida resucitada después de mucha cruz... Una cruz que me llevó desde mi Cataluña natal a mi Bolivia del alma. Fui un joven entusiasta, reflexivo, callado, un poco tímido, muy sensible ante la realidad que me rodeaba. Tra-

té de ser honrado, con alma de poeta y un empeño sostenido de lucha contra el mal. Quedé maravillado desde muy temprano por los medios de comunicación social, que despegaban con una fuerza inusitada a mediados de siglo. Lo probé todo: radio, cine, televisión... El periodismo acabó convirtiéndose en un instrumento clave para mi trabajo apostólico, primero en mi país; luego, más allá del charco.

Sufrí la censura en la España franquista: lo dejé todo y marché a trabajar a Bolivia... para siempre. Corría el año 1968, el año del mayo francés y de la reunión en Medellín de los obispos latinoamericanos, desde donde la Iglesia hizo un llamamiento universal a trabajar por la justicia y por los pobres. Con ese viento nuevo en mis alas, me empleé a fondo en la denuncia de la pobreza y la injusticia, de la falta de libertad, las masacres, los exilios, el narcotráfico. Desde la universidad hasta las rotativas, desde mi oración escondida hasta mi huelga de hambre junto a las mineras que pedían la amnistía de los presos políticos... Todavía recuerdo cómo las ondas del Evangelio conquistaban el país a través de mi humilde micrófono: «Deseamos a la patria un 1972 sin pena de muerte, con universidades funcionando normalmente, sin campos de concentración, sin terrorismo ni detenciones». «Por fidelidad a Cristo, la Iglesia no puede callar. Una religión que no tenga la valentía de hablar en favor del hombre, tampoco tiene el derecho a hablar en favor de Dios».

Con todo, aunque mi figura iba tomando cierta relevancia pública, no quise acabar siendo un sacerdote periodista, un profesional de los medios, un político eclesiástico o un eclesiás-

tico político. Tampoco quise convertirme en un profeta áspero y enfadado, lejos de todo y de todos. Sencillamente, creía. Creía en el Dios de la vida que nos despierta y nos levanta, que nos lanza cada día a luchar por descubrir dónde alumbraba el Reino y dónde se apaga su llama. Entregando la vida en cada batalla cotidiana, porque «no es cristiano quien ahorra la vida para sí: el agua estancada se pudre». «Señor Jesucristo, nos da miedo gastar la vida. Pero la vida Tú nos la has dado para gastarla, no se la puede economizar en un estéril egoísmo... La vida se da sencillamente, sin publicidad, como el agua de la vertiente, como la madre da el pecho a su hijito, como el sudor humilde del sembrador».

Al salir de mi casa aquel último día, dejé en mi mesita de noche el evangelio de Lucas, abierto por el capítulo 23: Jesús es condenado a muerte por Pilato. Y tantos con Él...

DOROTHY DAY (LAICA). UNA SANTA EN VIGILANTE LUCIDEZ

¡Cuánta finura humana y espiritual se necesita para caminar siempre sobre el alambre...! ¡Cuánto discernimiento para navegar día tras día por aguas revueltas...! En mi fascinación por Cristo y por los pobres parecía haber hallado mi condena y la necesidad de andar siempre vigilante para no apartarme de Dios ni de los hombres. Desde muy joven, sentí una enorme atracción por los desheredados («yo estaba enamorada de las masas»; «los pobres y oprimidos llenaban mi corazón») y esto le llevó muy pronto a unirme como periodista a movimientos considerados radicales. Pero al mismo tiempo, por un anhelo en el fondo parecido, fui acercándome a la Iglesia católica, hasta bautizarme en ella a la edad de treinta años: «ser católico en Norteamérica no era elegante... los católicos eran la gran masa de pobres... y este hecho también me llevó a Iglesia». Fue esa mirada penetrante que la vida me dio la que acercó a ambos mundos. Contemplar e introducirme en la realidad me llevó a compadecerme de las mayorías indefensas, desprendiéndome de todo para poner mis talentos al servicio de los últimos. Creí que podría despertar la conciencia pública con mi humilde pluma de periodista: «Es tan poco lo que uno puede hacer... vaciar los bolsillos, dar lo que tiene... y escribir».

Pronto cayó sobre mí a partes iguales la admiración y la crítica desde todos los frentes. Socialistas y anarquistas respetaban mi compromiso cotidiano con los pobres y mi firme oposición al capitalismo, pero desconfiaban de mi inserción eclesial. En el seno de la propia Iglesia me ocurría algo parecido: mis hermanos ponderaban mi coherencia de vida y un cierto talante profético, pero no pocas veces me criticaban por mi radicalidad social y mi pacifismo, especialmente en las varias ocasiones en que mi compromiso me llevó a la cárcel. En el fondo de mi alma, yo no dejaba de discernir a la luz del Evangelio donde poner mis pasos y mi palabra para no desterrar de mí la fe, ni la esperanza, ni el compromiso, ni la espiritualidad, ni el amor, ni la militancia, ni la revolución social. Lo mío era una búsqueda incansable de lo bello y lo justo, y un deseo de ofrecer mi vida a la humanidad, el Cuerpo místico de Cristo.

La Biblia, la Doctrina Social de la Iglesia, los santos y los grandes de la literatura como Dostoievski, Tolstoi, Dickens, entre otros, me enseñaron a caminar por esta difícil senda del cristianismo. Quise comprender y asimilar la perfecta pobreza de Francisco de Asís y su alegría, el humor y la vitalidad emprendedora de Teresa de Jesús, la mística de Agustín de Hipona y la introspección de Ignacio de Loyola. «Tengo hambre del pan de los fuertes. Yo también tengo que alimentarme para hacer el trabajo que he emprendido. Yo también tengo que beber en estos ricos manantiales para no ser una cisterna seca, incapacitada para servir a los demás».

En los años treinta, la Gran Depresión cubrió

de gris la vida de mis contemporáneos: bancarrotas, desempleo, desahucios, prostitución, exclusión social... Entonces nació mi pequeña aportación a este mundo sufriente: junto con mi amigo Peter Maurin me decidí a poner en marcha *The Catholic Worker*, un movimiento social católico dirigido en sentido amplio a los trabajadores, especialmente a los desposeídos y explotados. Desde entonces, mi hogar se convirtió en una casa de acogida. A mi muerte, el movimiento contaba con otras 70 casas más, cuatro comunas agrarias y un periódico con una tirada de 95.000 ejemplares. Hasta el último día caminé sobre el alambre, pidiendo luz a quien es la Luz del mundo, acompañando amorosamente al mundo que desea salir de las tinieblas...



LA TIENDA DEL ENCUENTRO Y DEL COMBATE

A.

TEXTO BÍBLICO: GN 32,21-35

«Por la noche se levantó Jacob, tomó a sus dos mujeres, a sus dos criadas y a sus once hijos y pasó el vado de Yaboc. Los tomó, los hizo pasar el vado y llevó consigo todo lo que tenía. Jacob se quedó solo. Un hombre luchó con él hasta despuntar la aurora. Viendo el hombre que no le podía, le tocó la articulación del muslo y se la descoyuntó durante la lucha. Y el hombre le dijo:

– Suéltame, que ya despunta la aurora.

Jacob dijo:

– No te soltaré hasta que no me bendigas.

Él le preguntó:

– ¿Cómo te llamas?

Respondió:

– Jacob.

El hombre dijo:

– Pues ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado contra Dios y contra los hombres, y has vencido.

Jacob, a su vez, le preguntó:

– Dime tu nombre, por favor.

Pero él respondió:

– ¿Por qué quieres saber mi nombre?

Y allí mismo lo bendijo.

Jacob llamó a aquel lugar Penuel —es decir, Rostro de Dios—, pues se dijo: “He visto a Dios cara a cara y he quedado con vida”. Salía el sol cuando pasó por Penuel e iba cojeando del muslo».

B. COMENTARIO TEOLÓGICO. BENEDICTO XVI

Jacob se queda solo y es agredido improvisamente por un desconocido con el que lucha durante toda la noche. Este combate cuerpo a cuerpo (...) se convierte para él en una singular experiencia de Dios.

La noche es el tiempo favorable para actuar a escondidas, por tanto, para Jacob es el tiempo mejor para entrar en el territorio de su hermano sin ser visto y quizás con el plan de tomar por sorpresa a Esaú. Sin embargo, es él quien se ve sorprendido por un ataque imprevisto, para el que no estaba preparado. Había usado su astucia para tratar de evitar una situación peligrosa, pensaba tenerlo todo controlado y, en cambio, ahora tiene que afrontar una lucha misteriosa que lo sorprende en soledad y sin darle la oportunidad de organizar una defensa adecuada. Inerme, en la noche, el patriarca Jacob lucha con alguien. El texto no especifica la identidad del agresor; usa un término hebreo que indica «un hombre» de manera genérica, «uno, alguien»; se trata, por tanto, de una definición vaga, indeterminada, que a propósito

mantiene al asaltante en el misterio. Reina la oscuridad, Jacob no consigue distinguir claramente a su adversario; y también para el lector, para nosotros, permanece en el misterio; alguien se enfrenta al patriarca, y este es el único dato seguro que nos proporciona el narrador. Sólo al final, cuando la lucha ya haya terminado y ese «alguien» haya desaparecido, sólo entonces Jacob lo nombrará y podrá decir que ha luchado contra Dios.

El episodio tiene lugar, por tanto, en la oscuridad y es difícil percibir no sólo la identidad del asaltante de Jacob, sino también cómo se desarrolla la lucha. Leyendo el texto, resulta difícil establecer cuál de los dos contrincantes logra vencer; (...) [Al final,] el rival, que parece detenido y por tanto vencido por Jacob, en lugar de acoger la petición del patriarca, le pregunta su nombre: «¿Cómo te llamas?». El patriarca le responde: «Jacob». Aquí la lucha da un viraje importante. Conocer el nombre de alguien implica una especie de poder sobre la persona, porque en la mentalidad bíblica el nombre contiene la realidad más profunda del individuo, desvela su secreto y su destino. Conocer el nombre de alguien quiere decir conocer la verdad del otro y esto permite poderlo dominar. Por tanto, cuando, a petición del desconocido, Jacob revela su nombre, se está poniendo en las manos de su adversario, es una forma de rendición, de entrega total de sí mismo al otro.

Pero, paradójicamente, en este gesto de rendición también Jacob resulta vencedor, porque recibe un nombre nuevo (...). «Jacob» era un nombre que aludía al origen problemático del patriarca (...). Pues bien, ahora, en la lucha,

el patriarca revela a su adversario, en un gesto de entrega y rendición, su propia realidad de engañador, de suplantador; pero el otro, que es Dios, transforma esta realidad negativa en positiva: Jacob el engañador se convierte en Israel, se le da un nombre nuevo que implica una nueva identidad. Pero también aquí el relato mantiene su voluntaria duplicidad, porque el significado más probable del nombre Israel es «Dios es fuerte, Dios vence».

Así pues, Jacob ha prevalecido, ha vencido —es el propio adversario quien lo afirma—, pero su nueva identidad, recibida del contrincante mismo, afirma y testimonia la victoria de Dios. Y cuando Jacob pregunta a su vez el nombre a su adversario, este no quiere decirselo, pero se le revelará en un gesto inequívoco, dándole la bendición. Aquella bendición que el patriarca le había pedido al principio de la lucha se le concede ahora. Y no es la bendición obtenida con engaño, sino la gratuitamente concedida por Dios, que Jacob puede recibir porque estando solo, sin protección, sin astucias ni engaños, se entrega inerme, acepta la rendición y confiesa la verdad sobre sí mismo. Por eso, al final de la lucha, recibida la bendición, el patriarca puede finalmente reconocer al otro, al Dios de la bendición: «He visto a Dios cara a cara —dijo—, y he quedado vivo»; y ahora puede atravesar el vado, llevando un nombre nuevo pero «vencido» por Dios y marcado para siempre, cojeando por la herida recibida.

(...) El texto bíblico nos habla de la larga noche de la búsqueda de Dios, de la lucha por conocer su nombre y ver su rostro; es la noche de la oración que con tenacidad y perseverancia pide a

Dios la bendición y un nombre nuevo, una nueva realidad, fruto de conversión y de perdón.

La noche de Jacob en el vado de Yaboc se convierte así, para el creyente, en un punto de referencia para entender la relación con Dios que en la oración encuentra su máxima expresión. La oración requiere confianza, cercanía, casi en un cuerpo a cuerpo simbólico no con un Dios enemigo, adversario, sino con un Señor que bendice y que permanece siempre misterioso, que parece inalcanzable. Por esto el autor sagrado utiliza el símbolo de la lucha, que implica fuerza de ánimo, perseverancia, tenacidad para alcanzar lo que se desea. Y si el objeto del deseo es la relación con Dios, su bendición y su amor, entonces la lucha no puede menos de culminar en la entrega de sí mismos a Dios, en el reconocimiento de la propia debilidad, que vence precisamente cuando se abandona en las manos misericordiosas de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, toda nuestra vida es como esta larga noche de lucha y de oración, que se ha de vivir con el deseo y la petición de una bendición a Dios que no puede ser arrancada o conseguida sólo con nuestras fuerzas, sino que se debe recibir de él con humildad, como don gratuito que permite, finalmente, reconocer el rostro del Señor. Y cuando esto sucede, toda nuestra realidad cambia, recibimos un nombre nuevo y la bendición de Dios. Más aún: Jacob, que recibe un nombre nuevo, se convierte en Israel y da también un nombre nuevo al lugar donde ha luchado con Dios y le ha rezado; le da el nombre de Penuel, que significa «Rostro de Dios». Con este nombre reconoce que ese lugar está lleno de la pre-

sencia del Señor, santifica esa tierra dándole la impronta de aquel misterioso encuentro con Dios. Quien se deja bendecir por Dios, quien se abandona a él, quien se deja transformar por él, hace bendito el mundo. Que el Señor nos ayude a combatir la buena batalla de la fe (cf. 1 Tm 6, 12; 2 Tm 4, 7) y a pedir, en nuestra oración, su bendición, para que nos renueve a la espera de ver su rostro. ¡Gracias!

C. GE 158 Y 175

«La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida».

«Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aún en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar».



ANEXO 3

PROPÓSITOS DE CLARET EN LA AUTOBIO- GRAFÍA

A. CAPÍTULO XV. DE LA REGLA DE VIDA Y PROPÓSITOS QUE CON LA AYUDA DE DIOS PRO- CURO GUARDAR

642. 1. Jesús y María son todo mi amparo y guía y los modelos que me propongo seguir e imitar. Además, tomo por patronos y ejemplares a los gloriosos San Francisco de Sales, San Carlos Borromeo, Santo Tomás de Villanueva y San Martín.

643. 2. Me acordaré de las palabras del Apóstol escribiendo a Tim. 1 4,16. Attende tibi et doctrinae. Sobre lo que dice Cornelio: Haec duo munia sunt Episcopi... qui aliter faciunt... nec sibi nec aliis prosunt.

644. 3. Cada año haré los santos ejercicios espirituales.

4. Cada mes tendré un día de retiro espiritual.

5. Cada semana, a lo menos una vez, me reconciliaré.

6. Tres días a la semana tomaré disciplina y otros días me pondré el cilicio u otra cosa equivalente.

7. Todos los viernes del año y vigiliass de las fiestas del Señor y de la Santísima Virgen ayunaré.

645. 8. Cada día me levantara a las tres, y antes, si no puedo dormir, y me recogeré a las 10.

Luego rezaré Maitines y Laudes y leeré la Santa Biblia hasta la hora de la Meditación.

9. Tendré una hora de Meditación.

10. Celebraré la santa Misa y después estaré media hora en dar gracias y en pedir otras gracias para mí y para los demás.

646. 11. Luego me pondré en el confesionario hasta las ocho, en que tomaré chocolate, y otra vez me pondré en el confesionario; si no hay gente, me ocuparé en otra cosa hasta las once, en que daré audiencia por espacio de una hora. A las doce rezaré las saluciones y haré el examen.

12. A las doce y cuarto comeré, que acompañaré con la lectura espiritual.

13. Hasta la 1 1/2 descanso.

14. Trabajaré hasta las 8 1/2, en que rezaré el Rosario y demás devociones.

15. A las 9 cena y a las 10 descanso.

647. 16. Propongo nunca jamás perder un instante de tiempo, por lo que estaré siempre ocupado, o en el estudio, o en la oración, predicación, administración de Sacramentos, etc.

648. 17. Propongo andar siempre a la presencia de Dios y dirigir a El todas las cosas, no buscando jamás mi alabanza, sino y únicamente la mayor gloria de Dios, a imitación de Jesús, a quien procuraré siempre imitar, pensando cómo se portaría en tales ocasiones.

649. 18. Propongo hacer bien y del modo que me pareciere mejor las cosas ordinarias; y en

concurriencia de dos cosas, procuraré siempre escoger lo mejor, aunque sea con algún sacrificio de la propia voluntad, y singularmente escogeré lo más pobre, lo más abyecto y lo más doloroso.

650. 19. Propongo conservarme siempre en un mismo humor y equilibrio, sin dejarme dominar jamás de la ira, impaciencia, tristeza, ni de la alegría demasiada, acordándome siempre de Jesús, de María y de José, que también tuvieron sus penas, y más grandes que las mías. Pensaré que Dios así lo ha dispuesto, y para bien mío; y por lo mismo, no me quejaré, sino que diré: Hágase la voluntad de Dios. Acordándome de lo que dice San Agustín: Aut facies quod Deus vult, aut patieris quod tu non vis. También me acordaré de lo que Dios encargó a Santa Magdalena de Pazzis: Que siempre se mantuviese en un mismo humor inalterable, un grande agrado con toda suerte de personas y que jamás se le escapase una palabra de lisonja. De San Martín se lee que jamás se le vio enfadado, ni triste, ni que riese, sino que siempre se le vio igual, con una celestial alegría; era tan grande su paciencia, que, no obstante de ser Prelado, si los ínfimos clérigos le ofendían, podían estar seguros de que no los castigaría..

B. PROPÓSITOS DE LOS EJERCICIOS QUE HICE EN EL ESCORIAL

740. Propósitos de los ejercicios que hice en El Escorial desde el día 10 de Noviembre al 19 inclusive del presente año de 1862:

1. Cada año haré los santos ejercicios.
2. Cada mes haré un día de retiro riguroso sin hablar con nadie.
3. Cada semana me reconciliaré.
4. Cada semana ayunaré tres días, que serán: miércoles viernes y sábado; y en algunos días me abstendré de postres. El lunes, miércoles y viernes tomaré la disciplina u otra cosa equivalente; el martes, jueves y sábado me pondré el cilicio.

741. 5. Durante el rezo pensaré en los misterios del Rosario y en la Pasión de Jesucristo. Evitaré las prisas, me acordaré de la reprensión que dieron a Santa Catalina de Sena, p,69.

742 6. Llevaré el examen particular de la Mansedumbre. Conozco que vale más hacer menos con mansedumbre que hacer más precipitadamente con incomodidad, que al verlo las gentes se desedifican mucho, y, por lo mismo, tengo hecho propósito de no enfadarme jamás ni quejarme de cosa alguna. Seré siempre amable con todos, aún con aquellos que me son moles-

tos. Haré frecuentemente las meditaciones XX, p.264, y XXVIII, p.356, de los Ejercicios.

743 7. Pediré a Dios N. S. continuamente que haga que le conozca y que le haga conocer, que le ame y que le haga amar, que le sirva y que le haga servir. Le diré: Señor, si os queréis servir de mí para la conversión de los pecadores, etc., aquí me tenéis.

744. 8. Antes de comer diré: Señor, como para tener fuerzas y serviros mejor. Antes de estudiar diré: Señor, estudio para más conoceros, amaros y serviros y para ayudar a mis prójimos. Antes de acostarme diré: Señor, lo hago para reparar las fuerzas gastadas y serviros mejor. Lo hago porque Vos, Señor y Padre mío, lo habéis ordenado así.

745. 9. Máximas que me he propuesto guardar:

1ª Comer poco y trabajar mucho.

2ª Dormir poco y orar mucho.

3ª Hablar poco y padecer muchos dolores y calumnias sin quejarme ni defenderme, antes bien me alegraré.

746 4ª Mortificación interna y externa.

5ª Lectura espiritual por Rodríguez .

6ª Oración mental por La Puente.

7ª Examen particular de la Mansedumbre.

747. 8ª Obraré en todo con rectitud de intención, con atención y con fuerza de voluntad para hacer bien cada cosa.

748. 9ª Andaré siempre a la presencia de Dios

y le diré con frecuencia: «Domine, pati aut mori. Æ Pati non mori. —Pati, et contemni pro te. Æ Absit mihi gloriari nisi in cruce Domini N. J. C.».

C. RECUERDOS

749. 1. Pediré a María Sma. una caridad abrazada y una unión perfecta con Dios, humildad profundísima y deseos de desprecios.

750. 2. Tendré grande estima de la virtud de todos; los tendré a todos por mis superiores, juzgando lo mejor de todas sus obras, reprendiéndome, censurándome y juzgándome a mí solo. Esto servirá para mi provecho; lo demás no.

751. 3. Me acordaré que el Señor dijo a un Misionero que, para que le procurase la salvación de las almas, le había preservado a él de caer en los infiernos. Y yo pensaré que a mí me sacó de la mar y de otros peligros para que procurase su mayor honor y gloria, y la salvación de las almas, que a tanta costa redimió.

752. 4. Jesucristo, para la gloria de su Padre y salvación de las almas, ¿qué no ha hecho? ¡ay!, le contemplo en una cruz muerto y despreciado. Pues yo, por lo mismo, ayudado de su gracia, estoy resuelto a sufrir penas, trabajos, desprecios, burlas, murmuraciones, calumnias, persecuciones y la muerte misma. Ya, gracias a Dios, estoy sufriendo muchas de estas co-

sas: pero animoso digo con el Apóstol: Omnia sustineo propter electos, ut et ipsi salutem consequantur.

753. 5. Conozco que no puedo ofrecer a Dios bocado más sabroso ni bebida más regalada que almas arrepentidas desde el púlpito y confesonario. Jesús me convida a mí, y me da en comida su cuerpo, y su sangre en bebida, y quiere que yo le convide con almas convertidas.

Conozco que es la comida de que más gusta, como dijo a los apóstoles. Para los Reyes de la tierra se buscan frutos exquisitos, aunque cuesten algo de alcanzar; ¿qué no debo hacer yo para el Rey celestial?

754. 6. Después de la misa estoy media hora [en] que me hallo todo aniquilado. No quiero cosa que no sea su Santísima voluntad. Vivo con la vida de Jesucristo. El, poseyéndome, posee una nada, y yo lo poseo todo en él. Yo le digo: ¡Oh Señor, Vos sois mi amor! Vos sois mi honra, mi esperanza y mi refugio. Vos sois mi gloria y mi fin. ¡Oh amor mío! ¡Oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío! ¡Oh gozo mío! ¡Oh reformador mío! ¡Oh Maestro mío! ¡Oh Padre mío! ¡Oh esposo de mi vida y de mi alma!

755. No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra Santísima voluntad para cumplirla. Yo no quiero más que a Vos, y en Vos y únicamente por Vos y para Vos las demás cosas. Vos sois para mí suficiente. Yo os amo, fortaleza mía, refugio mío y consuelo mío. Sí, Vos sois mi Padre, mi hermano, mi esposo, mi amigo y mi todo. Haced que os ame como Vos me amáis a mí y como Vos queréis que os ame.

756. ¡Oh Padre mío!, tomad este mi pobre corazón, comedlo, así como yo os como a Vos, para que yo me convierta todo en Vos. Con las palabras de la consagración, la substancia del pan y vino se convierte en la substancia de vuestro cuerpo y sangre. ¡Ay Señor omnipotente! Consagradme, hablad sobre mí y convertidme todo en Vos.

D. CAPÍTULO IX. PROPÓSITOS DE LOS SANTOS EJERCICIOS

780. Al último tercio de octubre de este año, 1863, fui al Escorial para hacer ejercicios, que duraron del día 23 de Octubre hasta el primero de Nobre. inclusive, en los que hice los propósitos siguientes 42.

1. Cada año haré los santos ejercicios.
2. Cada mes, un día de retiro riguroso.
3. Cada semana me reconciliaré.
4. Cada semana ayunaré tres días, que serán: miércoles, viernes y sábado, y en estos mismos días por la noche me abstendré de postres.
5. El lunes, miércoles y viernes tomaré una disciplina cada día u otra cosa equivalente. El martes, jueves y sábado me pondré el cilicio.

781. 6. En el rezo pensaré en la reprensión que

sufrió Santa Catalina de Sena (Vida p.69). También me acordaré de San Luis Gonzaga, que en solos los Maitines gastaba una hora (Vida p.191).

782. 7. Llevaré examen particular de la virtud de la Mansedumbre. Me acordaré de la mansedumbre de Jesús modelo y maestro, que dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

783. Me acordaré de la mansedumbre de María Sma., que ni por suceso alguno se le movió la ira, ni perdió la perfectísima mansedumbre, con inmutable e inimitable igualdad interior y exterior; sin que jamás se le conociese diferencia en el semblante, ni en la voz, ni en movimientos que indicasen algún movimiento interior (Mist. [Ciudad] t.2.º p.276).

«Consideraré su utilidad, porque con la humildad se agrada a Dios, y con la mansedumbre al prójimo».

784. «Mejor es hacer menos con paciencia, mansedumbre y amabilidad que hacer más con precipitación, ira, enfado y regañando; pues que las gentes, al ver este modo de proceder, se escandalizan y se retraen».

785. 8. Nunca me enfadaré; callaré y ofreceré a Dios todo lo que me dé pena.

9. Nunca me quejaré; me resignaré a la voluntad de Dios, que así lo ha dispuesto para mi bien. Pobreza, humillaciones, dolores, desprecios, etc.

786. 10. Seré siempre amable para con todos, singularmente con los que me son molestos.

787. 11. Nunca hablaré de mí ni de mis cosas, ni en bien ni en mal.

788. 12. Diré a mi buen Dios: Señor, si os queréis servir de mí, miserable instrumento, para la conversión de los pecadores, aquí me tenéis.

789. 13. Antes de comer diré: Señor, como para tener fuerzas y servirlos mejor. Uso, Señor, de estas cosas del mundo no por regalo, que no quiero ninguno, sino por necesidad.

14. Antes de acostarme diré: Señor, lo hago para reparar las fuerzas gastadas y servirlos mejor. Lo hago porque Vos, Señor mío, lo habéis ordenado.

15. Antes de estudiar diré: Señor, lo hago para más conocerlos, amarlos y servirlos; y para ayudar a mis prójimos.

Devociones para los días de la semana según los propósitos de otros años.

790. 16. En todas las cosas procuraré: primero, pureza y rectitud de intención; segundo, grande atención y cuidado, y tercero, fuerza de voluntad.

791. 17. Pondré un sumo cuidado en hacer bien cada cosa particular, como si no tuviera nada más que hacer.

Estos propósitos, con la ayuda del Señor, he procurado cumplir.

792. El que más me ha costado ha sido el de la mansedumbre, por la multitud de gentes que venían a hablar para cosas de Palacio o destinos del Gobierno. Pues que, por más razones que les daba, no se querían convencer, y esto me daba mucha tortura. En la hora de recibir, que es de las once a las doce, antes de salir pedía la gracia al Señor para no enfadarme. Y mientras salía uno y entraba otro, levantaba la vista y el corazón a una imagen de María Sma., pidiéndole la gracia y auxilios necesarios; y así lo tomaba mejor, y lo ofrecía todo a Dios, y les daba algún socorro o libro espiritual, y así se iban menos desesperados.



ANEXO 4

EL ALTAR DE LOS SANTOS CLARETIANOS

Textos adaptados del Año Claretiano

A. SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380)

Nació en Siena (Italia) el 25 de marzo de 1347. A pesar de resistencias, a sus diecisiete años ingresa en las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo. Con ellas desarrolló una extraordinaria actividad espiritual y benéfica al servicio de enfermos y pobres. Movidada por su ardiente amor a la Iglesia, Catalina emprendió en 1376 su famoso viaje a la corte pontificia de Aviñón (Francia). Su empeño consiguió que Gregorio XI volviera a Roma el 13 de septiembre de aquel mismo año. Ya desde su juventud, Claret profesó una profunda devoción a santa Catalina de Siena por su condición de seglar consagrada, por su elevada vida mística, por su amor a la Iglesia y al Papa y por su empeño apostólico a favor de ella y de los pecadores. Aparece citada en varios lugares de la Autobiografía y en la biblioteca personal del P. Claret se conservan varios volúmenes de su vida y obras. La escogió como compatrona de la Congregación.

B. SANTA TERESA DE JESÚS (1515–1582)

Claret, como muchos santos y santas de siglos anteriores, profesó una gran devoción a santa Teresa de Jesús, admirando sus grandes virtudes y su elevada vida mística, así como su gran espíritu apostólico. La tomó como modelo de vida evangélica y apostólica y la escogió como compatrona de la Congregación. Prendado de santa Teresa, reprodujo en su Autobiografía una larga serie de textos de la gran mística de Ávila. Recogió extensamente las páginas teresianas de cuño más apostólico donde la Santa de Ávila expresa su ardiente compasión por los pecadores. Particularmente fue impactado el P. Claret por los dolores y las agonías de la Santa en su experiencia sobre el infierno, así como por otros detalles, entre los que llama la atención su costumbre de regalar buenos libros. En 1864 el Señor le concedió grandes conocimientos leyendo las obras de la Santa.

C. SANTA ROSA DE LIMA (1586– 1617)

Nació el 30 de abril de 1586 en Lima. Su nombre fue Isabel Flores de Oliva. Tuvo doce hermanos. Al parecer, recibió la confirmación de manos

del arzobispo de Lima, santo Toribio de Mogro-vejo. Ya en su juventud se dedicó a remediar las necesidades de los pobres y de los enfermos. Tuvo como modelo a santa Catalina de Siena, entrando en la Tercera Orden de Santo Domingo, en Lima, hacia el año 1606. Fue una mujer de grandes experiencias místicas. Claret le dedica tres números de su Autobiografía. Admiraba su piedad, su amor a los pobres, su preocupación por los sacerdotes y su estilo de predicación. Le impresionaba su deseo de ir a predicar ella misma por todo el mundo: Que si le fuera permitido, se anduviera predicando la Fe de un reino a otro hasta convertir a todos los infieles, y saliera por las calles con un Cristo en la mano, vestida de cilicio, dando gritos, para despertar a los pecadores y moverlos a penitencia.

D. SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI (1566–1607)

Florenia (Italia). En su Autobiografía, el P. Claret le dedica párrafos a la figura de santa María Magdalena de Pazzi a quien considera modelo preclaro de celo misionero. Tres eran los valores estrechamente unidos que se dieron en la Santa: su altísima vida espiritual, su celo por la salvación de los hombres y su resuelta entereza en acometer la reforma de la Iglesia. Claret dirá de santa María Magdalena: Difícil sería hallar un hombre apostólico que tuviese un celo más ardoroso por la salvación de las almas. Interesábase viva y muy tiernamente por su

bien; le parecía que no amaba nada al Señor, si todo el mundo no lo amaba también. Oyendo los progresos que en su tiempo hacía la Fe en las Indias, decía que, si hubiese podido ir por todo el mundo a salvar almas sin perjuicio de su vocación, hubiera envidiado sus alas a los pajarillos del aire para volar por toda la tierra.

E. SAN JUAN DE ÁVILA (1499– 1569)

Almodóvar del Campo (Ciudad Real, España). Su vida y sus escritos influyeron notablemente, siglos más tarde, en san Antonio María Claret, quien leyó sus obras con fruición, llegando a citarlas expresamente en muchas ocasiones. Lo que más sedujo a Claret fue el celo apostólico y misionero de san Juan de Ávila, según sus mismas palabras, indicando expresamente que le movió siempre mucho. En su Autobiografía, Claret recoge un episodio ocurrido al santo en la ciudad de Granada: En tiempo que predicaba en Granada el P. Ávila, predicaba también otro predicador, el más famoso de aquel tiempo, y, cuando salían del sermón de éste los oyentes, todos se hacían cruces de espantados de tantas y tan lindas cosas, tan lindamente dichas y tan provechosas; mas, cuando salían de oír al P. Maestro Ávila, iban todos con las cabezas bajas, callando, sin decirse una palabra unos a otros, encogidos y compungidos a pura fuerza de la verdad, de la virtud y de la excelencia del predicador.

F. SAN IGNACIO DE LOYOLA (1491-1556)

Azpeitia (Guipúzcoa, España). Destinado a la vida militar, fue herido en una pierna en la batalla de Pamplona. Durante la convalecencia leyó la Vida de Cristo y la Leyenda Áurea. Al leer esos antiguos libros se dijo a sí mismo: Si esos hombres estaban hechos del mismo barro que yo, bien yo puedo hacer lo que ellos hicieron. Decidió peregrinar a Tierra Santa en 1522. Debido a una peste, se detuvo en Manresa. Allí recibió una gran iluminación y decidió fundar la Compañía de Jesús. En una cueva comenzó a escribir lo que dio origen al libro de los Ejercicios Espirituales. Ignacio pasó el resto de su vida dedicado a gobernar su Orden y a predicar el Evangelio. Falleció en Roma y fue canonizado en 1622. San Ignacio fue un referente importante en la vida y en la espiritualidad de Claret. Fue novicio jesuita, admiró en san Ignacio su gran amor a Jesucristo y su ardiente celo apostólico. Se inspiró en él a la hora de escribir sus Ejercicios Espirituales.

G. SAN FELIPE NERI (1515-1595)

Florenia (Italia). Llamado el Apóstol de Roma, fue el fundador de la Congregación del Oratorio.

Fue canonizado unos veintisiete años después de su muerte, junto a Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Francisco Javier e Isidro de Madrid. Su festividad se celebra el 26 de mayo. El primer contacto de Claret con san Felipe Neri fue a través de los oratorianos de Barcelona y Vic. Desde su llegada a Vic se puso bajo la dirección del padre Bach, oratoriano. Fue este uno de los cuatro consultados para su aceptación de la mitra arzobispal. Siendo joven seminarista leyó la vida del Santo escrita por el P. Conciencia. Más tarde, como Arzobispo de Cuba, hizo leer durante la comida una vida del Santo, de D. Jaime Soler. Y ya en Madrid ingresó en la Escuela de Cristo, asociación inspirada en san Felipe Neri. Son muchas las citas de este santo en su Autobiografía y en sus obras. Y siempre está en la lista de los santos que más le movían.

H. SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO (1696-1787)

Cuando Claret describe la época de su vida como misionero itinerante escribe: He tenido mucho afán en leer autores predicables, singularmente de materias de misiones. He leído a san Juan Crisóstomo, san Ligorio, Siniscalqui, Barcia y el Ven. Juan de Ávila. En su selección de sermones para las misiones se guiaba por el criterio alfonsiano: Hay unos que San Ligorio llama necesarios, como los novísimos, y otros arbitrarios. Le agradaba mucho la obra Selva de materia predicables. Varias de las obras de

san Alfonso se encuentran entre sus ex libris. No es extraño que en las primeras Constituciones de la Congregación, editadas en 1857 figura san Alfonso María de Ligorio como patrono de la Congregación. A esto habría que añadir el contacto frecuente con los Redentoristas a los que tenía una especial consideración. Tuvo trato con ellos desde la llegada de los Redentoristas a Madrid en 1862. De hecho, se hospedaron donde había estado antes Claret, en el hospital de Italianos, con D. Fermín de la Cruz.



I. FORTIÁN BRES. UN HOMBRE MAYOR AL SERVICIO DEL JOVEN QUE COMIENZA

San Hipólito de Voltregá (Barcelona, España). Fue mayordomo de los obispos de Vic. Recibió a Claret como fámulo y, a pesar de la diferencia de edad, fue amigo íntimo suyo. El Santo correspondió a este amor de su bienhechor haciendo un viaje considerado milagroso el 15 de enero de 1844 de Olost a Vic para asistirle cuando se rompió una pierna en aquel día lleno de nieve al ir a celebrar la misa en la catedral. Habitaba D. Fortián en una casa de la calle de Dos Solas, conocida actualmente por el nombre de Tortadés. En la huertecita de la casa hay una pequeña capilla dedicada a la Virgen, donde iban a practicar sus devociones. Ambos ocupaban el segundo piso. Pasando por allí cuando era obispo le dijo a Claret: ¿Ve Vd. aquella capillita de la Virgen? Cuando yo siendo estudiante vivía con D. Fortián Bres, a ella íbamos todos los días a dirigirle nuestras súplicas. Murió en Vic el 31 de julio.

J. JAIME BALMES. UN INTELEC- TUAL QUE ADMIRABA AL HOM- BRE DE FE

Vic (Barcelona, España). Nació el 28 de agosto. Estudió humanidades y teología en el seminario de Vic, y luego pasó a Cervera donde estudió filosofía y derecho. Desde 1837 fue profesor de matemáticas en Vic. En 1841 se estableció en Barcelona. En 1844 fundó el periódico El pensamiento de la Nación. Publicó obras importantes como El Criterio y Filosofía Fundamental. Claret y Balmes estudiaron juntos en Vic. En la ordenación de subdiácono de Claret, Balmes se ordenaba de diácono, oficiando ambos junto al ordenante. Es muy conocido el comentario de Balmes sobre la predicación de Claret: En el púlpito jamás habla de teatros. Tampoco de herejías. Ni de filósofos ni de impíos. Supone siempre la fe... Poco terror, suavidad en todo. Nunca ejemplos que den pie al ridículo. Los ejemplos, en general, de la Escritura. Hechos históricos profanos. Nunca oposiciones y cosas semejantes. Habla del infierno pero se limita a lo que dice la Escritura. No quiere exasperar ni volver locos. Siempre hay una parte catequética.

K. S. PEDRO ALMATÓ. UNA PALABRA DE ALIENTO A TIEMPO QUE CAMBIA LA VIDA

Sant Feliu de Sasserra (Barcelona, España). Canonizado el 3 de noviembre de 1988. Entró en el seminario de Vic en 1842. En 1847 ingresó en los dominicos de Ocaña (Toledo). En 1855 fue destinado a la misión de Vietnam, muriendo pocos años después mártir en Tonkín el 1 de noviembre de 1861, día en que cumplía 31 años. El Boletín Eclesiástico de Vic decía en 1888: Edificado con la lectura de la Revista Católica, sintió los primeros estímulos de la vocación religiosa y, consultando al que después fue arzobispo, don Antonio Claret, y que entonces era el apóstol de Cataluña, recibió de aquel santo varón, que debía leer tan claramente los corazones de los que iban en busca de su consejo, la consoladora respuesta de que con el tiempo sería miembro de alguna congregación religiosa. Animado con estas palabras... vio al poco tiempo realizado el sueño de su adolescencia. Una hermana suya, María Almató, Carmelita de la Caridad, se dirigía espiritualmente en Madrid con el P. Claret.

L. FRANCISCO COCA Y MANUEL SUBIRANA. LOS MANDÓ DE DOS EN DOS

Francisco Coca (Capellades, Barcelona, España). Estudió en el seminario de Barcelona. Tras su ordenación, fue teniente de la iglesia parroquial de Villanueva y la Geltrú. En 1850 marchó con el P. Claret de misionero a Cuba, donde desarrolló una intensa y fecunda actividad evangelizadora. De él escribía más tarde el santo: Con este sacerdote nos conocimos cuando yo fui a predicar el mes de María a Villanueva, en donde se hallaba de teniente cura. Al saber mi nombramiento, se me ofreció; yo le acepté y vino conmigo. Era un sacerdote muy bueno, sencillo como un niño, muy celoso y fervoroso. Este iba siempre de pareja con D. Manuel Subirana, pues entre los dos había buenas y grandes simpatías. Los dos tenían armoniosísimas voces, por manera que solo para oír sus cantos iban todos a la misión, y como después del canto venía el sermón, quedaban cogidos. Es inexplicable el fruto que hicieron. Después se fue a Guatemala, entró en la Compañía y murió jesuita. Falleció el 23 de junio. Por su parte, Subirana desarrolló en Honduras una labor apostólica intensísima, especialmente entre los indios hicaques, como misionero, catequista, promotor social y hasta taumaturgo. Escribió un Catecismo dogmático-moral al alcance de los niños y de toda clase de personas. Murió con fama de santidad el 27 de noviembre en Yojoa.

M. MARQUÉS DE PEZUELA. Un hombre de alta cuna y amigo de la justicia

Lima (Perú). Hijo de los marqueses de Viluma y Conde de Cheste. Combatió valerosamente en la guerra civil a favor de la causa liberal-isabelina. Fue Gobernador de Puerto Rico y luego de Cuba. Capitán General de Cuba en 1853. Hombre de buena fe y deseos de acierto, honrado, pero falto de tacto. Declaró en el proceso de beatificación de Claret: Por haber secundado sus loables propósitos, precisamente por la cuestión de los matrimonios de la gente blanca con la de color, que tanto deseaba el Sr. Claret, y que yo juzgué de suma necesidad, dimití de mi cargo de capitán general, efecto de una comunicación algo dura que recibí del Gobierno por secundar, como dejo dicho, y ayudar en lo que pude al Sr. Obispo. Al dejar el cargo, Claret le escribió: Permitame felicitarle y asegurarle que el Arzobispo de Cuba jamás olvidará la religiosidad con la que V. se dignó protegerle en su ardua misión apostólica. Murió en Madrid el 1 de noviembre.

N. PALADIO CURRÍUS. Un hombre de confianza al servicio de la caridad

Riudaura (Girona, España). Se ordenó en Roma en 1843. A partir de 1850 fue familiar del P. Claret, acompañándole a Santiago de Cuba. Allí fue secretario de cámara y profesor del seminario de San Basilio. En 1842 fue nombrado confesor de la incipiente comunidad de las futuras Misioneras Claretianas. Desde 1854 fue encargado de la construcción de la Casa de la Caridad de Puerto Príncipe, ideada por Claret. Pensando en esta hacienda, redactó Claret Las

Delicias del Campo. El Plan de esta Obra social era recoger a los Niños y Niñas pobres, que muchos de ellos se pierden por las calles pidiendo limosna. Y allí se les había de mantener de comida y de vestido y se les había de enseñar la Religión, leer, escribir, etc. Y después arte y oficio, el que quisiesen. Fue llamado por Claret a Madrid como rector de la iglesia de Montserrat y, después, como capellán real, profesor del colegio y maestro de ceremonias de El Escorial. Fue también capellán de las Misioneras Claretianas y de las Carmelitas Calzadas de Valls.

Ñ. JUAN MANUEL BERRIO- ZABAL. UN ADMIRADOR DEL HOMBRE DE PALABRA

Cuzco (Perú). Escritor peruano y marqués de Casajara. De familia acomodada, se estableció muy pronto en la capital de España, donde se dedicó plenamente a las letras y a la literatura. Entre sus obras cabe destacar las tres dedicadas al Excmo. e Ilmo. Sr. Arzobispo de Cuba: El talento bajo todos sus aspectos y relaciones, La felicidad del pensamiento y Los seres invisibles. Era una muestra del aprecio y veneración que había despertado en él la obra claretiana dirigida a intelectuales, artistas y literatos, llamada Academia de San Miguel, de la que Berriozábal fue uno de los más adictos simpatizantes. La Academia fue creada para combatir los errores religiosos y los vicios por

medio de la verdad y la virtud. Defender la religión por medio de la Prensa en cualquiera de sus vastísimos ramos. De las tres jerarquías que la integraban, las dos primeras estaban exclusivamente formadas por artistas y literatos.

O. L. ELISABETH HERBERT. UNA VISITA FUGAZ ENTRE DOS AL- MAS COMPASIVAS

Richmond (Londres, Reino Unido) Nació en el seno de una familia de rango militar y diplomático. Se casó en 1846 con Sidney Herbert, hijo del conde de Pembroke. Después de la muerte de su marido en 1861, intensificó la amistad con el cardenal Henry E. Manning, arzobispo de Westminster, y mantuvo una cercana amistad con san Henry Newman. Centró su atención en el cuidado del colegio para las misiones extranjeras Mill Hill Missionaries. Escribió varias novelas, cuentos y ensayos. En noviembre de 1866 visitó en Madrid al P. Claret. Esto es lo que percibió y testificó en su libro Impressions of Spain (1866): su capacidad de personar a los enemigos, su mansedumbre apostólica que cautivaba incluso a los críticos más fieros, su pobreza apostólica vivida con radicalidad, su afán por tener una buena biblioteca para su formación, su alegría pascual en medio de la cruz y su espíritu misionero que lo llevaba a predicar a tiempo y a destiempo. Falleció el 30 de octubre.

P. M.-JEAN L. BOUSQUET. UN HOMBRE DISCRETO EN EL MO- MENTO DECISIVO

Saint André (Gard, Francia). Abad del monasterio de Fontfroid. Se ordenó en 1839. Fue profesor y rector del seminario de Nimes y capellán de las Ursulinas. En 1856 entró en el noviciado de la abadía de Sénanque. En 1859 fue destinado a la abadía de Fontfroid. Elegido abad, dio a su comunidad una profunda impronta de vida contemplativa según la tradición cisterciense y, al mismo tiempo, extendió su obra benéfica a las poblaciones del entorno, a toda Francia y al extranjero, hasta el punto de ser denominado el Cura de Ars de Languédoc. En 1888 fue elegido general de la Congregación de Sénanque. Fue el que acogió al P. Claret enfermo y perseguido en su monasterio de Fontfroid y el que le acompaña frecuentemente en sus paseos por la tarde para distraerle y consolarle. Le acompañó también en sus últimos momentos con toda la comunidad. Prestó declaración en el proceso de beatificación de Claret: Los últimos instantes de Monseñor fueron los de un Santo. Falleció el 12 de noviembre de 1895.

GAUDETE EXSULTATE

Sobre la **LLAMADA** a la **SANTIDAD** en el mundo actual

ADRIÁN DE PRADO POSTIGO
Misionero Claretiano

TERESA DIAZ-BORREGO BURGOS
Seglar Claretiana

IV ENCUENTRO BÉTICA-NORTE | EL ESCORIAL | DICIEMBRE 2019